



**Comprensión del fenómeno de la violencia bipartidista desde Hans-Georg Gadamer:
Interpretación de *Cóndores no entierran todos los días* de Gustavo Álvarez Gardeazabal**

Cristhian David Benavides Giraldo

Código: 1423468 – 3250

Universidad del Valle
Facultad de Humanidades
Departamento de Filosofía
Cali, Colombia
Mayo de 2025

**Comprensión del fenómeno de la violencia bipartidista desde Hans-Georg Gadamer:
Interpretación de *Cóndores no entierran todos los días* de Gustavo Álvarez Gardeazabal**

Cristhian David Benavides Giraldo

Código: 1423468 – 3250

Tesis presentada como requisito para optar al título de

Licenciado en Filosofía

Director

Ph.D. Nelson Jair Cuchumbé Holguín

Grupo de Investigación:

Hermes

Universidad del Valle
Facultad de Humanidades
Departamento de Filosofía
Cali, Colombia
Mayo de 2025

Resumen:

A partir de los aportes filosóficos de Hans-Georg Gadamer, en esta investigación abordamos la comprensión de la violencia bipartidista en Colombia –especialmente en el Valle del Cauca– mediante la interpretación hermenéutica de algunos momentos de la novela *Cóndores no entierran todos los días* de Gustavo Álvarez Gardeazábal. La pregunta orientadora es *¿cómo desde el planteamiento gadameriano sobre historia efectual, fusión de horizonte y experiencia de comprensión se puede contribuir a entender el sentido de dicha obra como expresión de la violencia bipartidista?* La interrogación está motivada por la necesidad de clarificar cómo el pasado narrado en la obra literaria se actualiza en el horizonte del lector contemporáneo, generando nuevos sentidos. De esta manera, en el presente texto se recorre como camino expositivo la fundamentación de conceptos centrales de la hermenéutica filosófica de Gadamer y su aplicación al análisis de la novela con el propósito de mostrar que la comprensión del fenómeno de la violencia bipartidista no se limita a la reproducción objetiva de un pasado clausurado, sino que se configura como experiencia transformadora y situada que vincula activamente al intérprete con la tradición.

Palabras clave: hermenéutica, historia efectual, fusión de horizontes, experiencia de comprensión, violencia bipartidista.

Dedicatoria

A mi madre, Martha, y a mi padre, Toño, que no se ahorraron una sola gota de sudor para que mi educación llegara a buen puerto. A mi hija, María Antonia, quien desde que nació se convirtió en la luz que orientó esta travesía y me animó a no desfallecer en la escritura de esta monografía. Este logro es tan suyo como mío.

Agradecimientos

Expreso mi más sincero agradecimiento al profesor Nelson Jair Cuchumbé Holguín, director de esta monografía, quien no escatimó en conocimiento, tiempo ni paciencia para guiar este proceso con rigor y generosidad. Su acompañamiento constante fue clave para la consolidación de este trabajo.

Agradezco también a todas las personas que, de una u otra manera, aportaron a este camino. A Idarleny, por su comprensión incondicional y por motivarme en los momentos en que más lo necesité. A Andrés, por las incontables conversaciones que, a lo largo de los años, ayudaron a cimentar las ideas que hoy dan forma a esta monografía. A los profesores Omar, Javier, Alexander y Julián quienes, sin proponérselo, me acercaron a la literatura desde la mirada de la filosofía, tendiendo puentes entre el asombro literario y la reflexión crítica.

No puedo dejar de mencionar a mis compañeros del seminario de investigación Hermes —a quienes recuerdo con claridad o vagamente—, cuyas intervenciones, preguntas y observaciones fueron siempre intentos sinceros por ayudar y enriquecer esta investigación.

A todos, gracias por formar parte de este proceso.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO 1	11
HISTORIA EFECTUAL, FUSIÓN DE HORIZONTES Y EXPERIENCIA DE COMPRENSIÓN SEGÚN GADAMER	
1.1 Historia efectual	11
1.2 Fusión de horizontes	18
1.3 Experiencia de comprensión	24
CAPÍTULO 2	32
TRAMAS NARRATIVAS Y SENTIDO DE CÓNDORES NO ENTIERRAN TODOS LOS DÍAS	
2.1 Contextualización de la novela <i>Cóndores no entierran todos los días</i> y su vínculo con la violencia bipartidista	33
2.2 Historia efectual: La tradición en la narrativa de la violencia bipartidista	38
2.3 Fusión de horizontes: El lector contemporáneo frente a la violencia narrada	45
2.4 Experiencia de comprensión: la actualización del lector ante la narrativa de la violencia	54
CONCLUSIÓN	61
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	64

INTRODUCCIÓN

La presente monografía de grado se inscribe en el horizonte problemático de la comprensión del sentido del texto narrativo. Se tiene como punto de partida los aportes provenientes del planteamiento de Hans-Georg Gadamer, expuestos en el libro titulado *Verdad y método*. Aportes asociados con el concepto de historia efectual, fusión de horizontes, formación y comprensión. La formación se presenta como un proceso en el que los involucrados se dan forma a sí mismos en una relación con el otro ubicado en un horizonte diferente, lo que presupone interpretación y fusión de horizontes. Y la comprensión es entender lo dicho por el otro en sus propias circunstancias, lo que exige la realización del diálogo de forma abierta y relación de lo comprendido con el presente del intérprete. En línea con esta forma como Gadamer entiende esas nociones se establece una interpretación respecto a la formación de un pensamiento sobre el fenómeno de la violencia bipartidista en el centro del Valle del Cauca en la mitad del siglo XX, a partir del texto de Gustavo Álvarez Gardeazábal *Cóndores no entierran todos los días* publicado por primera vez en 1972. Se trata de realizar una experiencia hermenéutica a partir del problema de la violencia bipartidista en clave de entender lo dicho por Gardeazábal acorde con las posibilidades que ofrece el planteamiento filosófico de Gadamer en lo relativo a la conformación de sentido.

La experiencia hermenéutica no es un mero experimento mediante la cual se pone a prueba una hipótesis sin el riesgo de que el lector y lo entendido cambien o se alteren. Contrario a ello, es una práctica comprensiva que cambia al intérprete y lo hace actor productivo en la formación permanente de la tradición. Gadamer plantea la experiencia hermenéutica como otra posibilidad frente al dogmatismo científico. Esa experiencia hermenéutica es antidogmática, ya que permite la creación y el enfrentarse a nuevas experiencias no asociadas a un único saber universal. Uno de los conceptos que está a la base de la experiencia hermenéutica es el de formación (*Bildung*). Esta no se concibe como un procedimiento, sino como una actitud que

contiene verse a sí mismo con distancia y desde la óptica de los otros. Este despliegue conceptual hace posible mostrar, desde la perspectiva gadameriana, cómo el lector puede “reconocer en lo extraño lo propio, y hacerlo familiar” (Gadamer, 2017, p.43). Como, por ejemplo, ganar comprensión sobre el fenómeno de la violencia bipartidista en Tuluá inmediatamente después del asesinato de Jorge Eliecer Gaitán el 9 de abril de 1948, representa establecer una relación con un asunto atípico que amerita de ser entendido en lo relativo al modo como se entiende y significa desde un literato como Gustavo Álvarez Gardeazábal.

El lector al comprender el sentido del texto no solo gana un horizonte, sino que también puede desplazarse a un mundo extraño y ampliar su horizonte de comprensión. El ejercicio de la comprensión exige al lector tener conciencia de la “historia efectual”. Esta conciencia posibilita tanto entender lo que otros han dicho sobre un asunto como interpelar las opiniones sugeridas por otros en el pasado, rebasando así el supuesto de que las interpretaciones son inmóviles y concluidas. La conciencia de la historia efectual permite, entonces, actualizar el pasado en el presente. Por eso, según Gadamer, “se está en una situación y no frente a ella” (2017, p.372). La situación en la que se halla el intérprete de relación con lo otro potencia una fusión de horizontes. Esto es, una unión de perspectivas de comprensión diferentes. Y es esta forma de entender el vínculo entre distintas formas de comprensión la que hace posible hablar de una investigación de corte teórico. En la medida en que el lector es consciente de la historia efectual, amplía su horizonte de comprensión en la relación con un fenómeno ajeno a su situación actual como, por ejemplo, el caso de la violencia bipartidista en Colombia a través de la lectura del texto narrativo titulado *Cóndores no entierran todos los días*.

En este contexto temático emerge la siguiente pregunta orientadora de esta monografía de grado: *¿cómo desde el planteamiento de Gadamer sobre historia efectual, fusión de horizontes y experiencia de comprensión se puede contribuir a entender el sentido del texto *Cóndores no entierran todos los días* como expresión de la violencia bipartidista en el Valle*

del Cauca? Para responder a esta pregunta, se organiza una estructura argumentativa que contiene dos capítulos y una conclusión. En el primero, titulado “Historia efectual, fusión de horizontes y experiencia de comprensión según Gadamer”, se destaca que la comprensión es un acontecimiento hermenéutico situado históricamente, en el que el intérprete participa activamente desde su tradición, reconociendo su finitud, sus prejuicios y su vínculo inseparable con lo comprendido. Este capítulo permite fundamentar teóricamente el enfoque de la lectura adoptado en la investigación. En el segundo capítulo, titulado “Tramas narrativas y sentido de *Cóndores no entierran todos los días*” se pone de relieve cómo la novela, al representar simbólicamente la violencia bipartidista en el Valle del Cauca, se convierte en una forma de tradición activa que interpela al lector contemporáneo y lo implica en una experiencia de comprensión transformadora, mediante la cual se resignifican los sentidos del pasado desde el horizonte del presente. Y en la conclusión se afirma que, desde la hermenéutica de Gadamer, el texto de Gardeazábal no solo permite comprender el fenómeno histórico de la violencia bipartidista, sino también representarlo críticamente a la luz del presente, haciendo del lector un agente que actualiza, interpreta y prolonga el sentido de la tradición en el marco de una comprensión viva, histórica y ética.

Se acoge un enfoque metodológico comprensivo e interpretativo. Comprensivo porque se pretende entender el modo cómo Gadamer concibe la historia efectual y el concepto de fusión de horizontes. Y desde allí relacionar esa perspectiva con el significado que subyace al concepto violencia bipartidista de Gardeazábal. Interpretativo porque se pone en diálogo los planteamientos teóricos de Gadamer sobre historia efectual, fusión de horizontes y experiencia de comprensión con algunos de los pasajes del texto narrativo *Cóndores no entierran todos los días*. Las fuentes de información son bibliográficas, primarias y secundarias, recursos necesarios para acceder a la información y al conocimiento del punto de vista de los autores involucrados en el presente estudio. Se acude a la reseña crítica y se pretende los siguientes

productos: monografía de grado presentada y sustentada ante un jurado y perfeccionamiento de las competencias investigativas de un estudiante de Licenciatura en Filosofía de la Universidad del Valle.

CAPÍTULO 1

HISTORIA EFECTUAL, FUSIÓN DE HORIZONTES Y EXPERIENCIA DE COMPRENSIÓN SEGÚN GADAMER

En este primer capítulo se ofrece una explicación del planteamiento hermenéutico de Gadamer sobre historia efectual, fusión de horizontes y experiencia de comprensión. La historia efectual es el reconocimiento de que toda comprensión está asociada con la tradición y la conciencia del contexto histórico del intérprete. La fusión de horizontes es el vínculo del horizonte de comprensión de un interlocutor con otro horizonte, dicha unión no es depositar información en el horizonte del otro, ni trasladar la perspectiva del otro a nuestro horizonte. Contrario a ello, la fusión de horizontes implica aprender a mirar más allá de lo inmediato y de lo familiar y comprender de forma diferente al hacerlo suyo. La experiencia de comprensión enreda el reconocimiento de los propios límites, la negatividad, el buen juicio y la apertura. A continuación, se presentan esas tres ideas mencionadas con el fin de proporcionar una comprensión matizada de su significado y sus implicaciones para la presente investigación.

1.1 Historia efectual

Con el propósito de superar la idea de la objetividad de la historia, Gadamer desarrolla el concepto de historia efectual. Desde esa noción Gadamer rechaza la visión de la historia como un estudio de hechos inamovibles e invariables. Los cuales pueden ser analizados bajo condiciones metodológicas que siempre responderán de la misma manera ante diferentes acontecimientos. La investigación histórica no debe realizarse de acuerdo con unas mismas condiciones ni con el arbitraje de un experimento. Por el contrario, engloba lo desconocido y la multiplicidad de interpretaciones que constituyen la tradición. Esta es comprendida por el intérprete y a la que está enlazado de alguna manera conforme con las circunstancias de su presente. La tradición representa el pasado y ella se halla en una relación de pertenencia del intérprete determinada por la situación actual en la que participa.

Gadamer destaca la influencia del pasado en la comprensión, es decir, en el proceso interpretativo en el que participa el intérprete con sus propias motivaciones y circunstancias de su presente histórico. El intérprete como ser histórico o como experiencia de vida situada en un contexto temporal, hereda las formas de saber legítimas construidas en el pasado por otros. El intérprete no recibe pasivamente la historia, sino que dialoga activamente con ella, De ahí que Gadamer señala que “un pensamiento verdaderamente histórico tiene que ser capaz de pensar al mismo tiempo su propia historicidad” (2017, p. 370). Por eso, el pasado se mantiene en una relación de continuidad, pero comprendido de modo diferente por el intérprete en su presente. El pasado no es un objeto de estudio, sino que es una fuerza viva que sigue determinando el presente. Esta relación entre el pasado y el presente posibilita la realización de la interpretación y esta es un proceso dinámico que hace posible la actualización del sentido de la tradición y del horizonte del intérprete. La interpretación de la tradición implica diálogo continuo, interacción entre los interlocutores ubicados en distintos momentos históricos que responden a formas diferentes de significar y de entender.

Gadamer recupera la concepción del ser histórico que había sido relegada por la conciencia científica moderna. Rescata el valor del contexto histórico y de la tradición en la experiencia de comprensión del sentido de lo ganado en el pasado. Mientras la conciencia científica moderna desechó la herencia cultural y el contexto histórico en la comprensión, la hermenéutica de Gadamer reivindica la idea de que la comprensión está ligada de alguna manera a la historia. La realización de la experiencia de comprensión siempre está determinada por el decir de la tradición y por las preconcepciones que integran el horizonte hermenéutico del intérprete. A diferencia de la perspectiva moderna, que busca un conocimiento objetivo y separado de los contextos históricos y subjetivos, el enfoque de Gadamer propone que la experiencia de comprensión remite de manera permanente al diálogo con el pasado.

Para hacer creíble la anterior afirmación, Gadamer realiza un rastreo histórico acorde con diferentes aportes efectuados por pensadores respecto a la comprensión e interpretación de la tradición. Específicamente las contribuciones de la hermenéutica inspirada por el romanticismo alemán, esto es, la hermenéutica de Friedrich Schleiermacher y Wilhelm Dilthey. Así como los aportes provenientes de las investigaciones fenomenológicas de Edmund Husserl y Martín Heidegger. A partir de estos aportes Gadamer hace una crítica al historicismo y a la Ilustración. Pero, ¿en qué residen estos aportes?

Desde la perspectiva de la hermenéutica inspirada por Schleiermacher, quien intentó crear un sistema de interpretación objetiva de los textos a partir de la reconstrucción del contexto original del autor, Gadamer considera que ello representa un avance significativo para la hermenéutica. Pues estima que esa hermenéutica nutre el concepto de historia efectual, aunque no es suficiente. Independiente de que se comienza a valorar la comprensión desde el contexto del autor, del génesis de las ideas (Gadamer, 2017), la perspectiva Schleiermacher no toma en cuenta cómo la tradición en la que participa el intérprete influye en la comprensión. La diferencia de Schleiermacher y Gadamer en torno a la comprensión deja ver dos perspectivas. Mediante la primera se busca ingresar a la intención inicial del autor como, por ejemplo, cuando se interpreta una obra literaria se analiza cómo las circunstancias históricas y biográficas del autor influyeron en su escritura. A través de la segunda, en cambio, se reconoce la tradición en relación con el presente del intérprete, lo que implica que las experiencias, motivaciones, saberes y expectativas del intérprete ganan vigencia en la interpretación como, por ejemplo, el intérprete al leer una obra literaria traerá consigo una serie de referencias culturales de su pasado y de su presente en la comprensión del texto.

Para fortalecer el concepto de historia efectual, Gadamer menciona aportes del filósofo alemán Wilhelm Dilthey, quien sostuvo que la comprensión de las obras humanas debe considerar la experiencia y el contexto histórico, a diferencia de las ciencias naturales. En este

sentido, la experiencia humana es crucial para entender los acontecimientos históricos o las narrativas que se buscan comprender. Además, Dilthey mantiene la idea de que el intérprete puede alcanzar una comprensión semejante a la del autor, casi como si observará desde el lado opuesto del autor y desde la misma vida de este. Gadamer rescata de Dilthey la importancia de la experiencia histórica y considera a Dilthey como “el auténtico realizador de la concepción histórica del mundo porque intentó legitimar la elevación de la conciencia a la conciencia histórica” (Gadamer, 2017, p. 370). Sin embargo, Gadamer advierte que el intérprete no puede desvincularse de su propio contexto histórico, ya que este influye en la comprensión. Apoyado en este principio, crítica la idea de una reconstrucción objetiva y neutral del pasado. Introduce una visión más dinámica de la interpretación a partir de la cual la historia no se reconstruye, sino que también se cuestiona y se transforma en el proceso interpretativo de acuerdo con las circunstancias particulares del intérprete. Por consiguiente, se puede decir que Gadamer retoma de Schleiermacher y Dilthey ideas que fortalecen su concepto de historia efectual. Acorde con Schleiermacher valora la importancia de reconstruir el contexto del autor para la comprensión, aunque sea insuficiente. Conforme con Dilthey rescata el papel central de la experiencia histórica en la interpretación y su distinción de las ciencias naturales, pero cuestiona su pretensión de neutralidad histórica.

A los anteriores aportes, cabe ahora agregar el aporte de Husserl en torno al tema de la experiencia en la comprensión. Gadamer encuentra en Husserl el valor de la intencionalidad y el concepto de “experiencia vivida” como elementos claves para comprender la experiencia desde un enfoque fenomenológico. De Husserl, Gadamer rescata la idea de que la conciencia no es un receptor pasivo, sino que actúa de manera activa y se orienta constantemente hacia un objeto o propósito, es decir, la conciencia no se limita a recibir información, sino que siempre interpreta y da sentido a aquello hacia lo que se dirige. Esto resulta fundamental para el concepto de historia efectual, ya que Gadamer subraya que el intérprete está intrínsecamente vinculado

al objeto interpretado, mostrando la relación recíproca de los efectos de la tradición en el intérprete. De igual modo, Gadamer destaca que “la experiencia vivida” es fundamental para su concepto de historia efectual. Esto permite ver cómo la comprensión no es un proceso cognitivo abstracto, sino una vivencia que involucra al intérprete en su totalidad, integrando su contexto histórico y su tradición. No obstante, Gadamer critica la “reducción fenomenológica” de Husserl. Este pensador intenta alcanzar una comprensión pura sin influencias, desligada de la historia y las tradiciones del intérprete, la *epojé*. En *Verdad y Método*, Gadamer afirma que esta concepción resulta insuficiente para abordar el carácter histórico de la comprensión. Estima que el intérprete no puede evadir el contexto y las tradiciones que moldean su percepción. En este sentido, la historia efectual supera los límites del propósito fenomenológico de una objetividad pura, proponiendo una comprensión en la cual el pasado y las preconcepciones son elementos inevitables del proceso hermenéutico, como Gadamer enfatiza en su reflexión sobre la experiencia hermenéutica.

En este momento de la investigación, resulta fundamental considerar la influencia de Heidegger. Especialmente en su reflexión sobre la comprensión de la historicidad del ser humano y la temporalidad de la comprensión. Uno y otro elemento es clave para el desarrollo gadameriano de la conciencia de la historia efectual. La concepción del ser humano como *Dasein*, arrojado en el mundo, implica que este no puede comprenderse fuera de su contexto histórico, pues está constituido por su relación con el entorno y su temporalidad. En este sentido, comprender es una tarea propia del ser humano que está determinada por la tradición y el horizonte histórico en el que se encuentra. Gadamer, retomando estas ideas de Heidegger, sostiene que toda interpretación está condicionada por la historia del intérprete y por los contextos que lo rodean. Así, la comprensión no es un proceso aislado ni neutral, sino una actividad fundamentalmente histórica. Al respecto, Gadamer señala que:

Heidegger se mantiene con razón en lo que él llama ‘arrojamiento’, y lo que es ‘proyecto’, lo uno está en función de lo otro. No hay comprensión ni interpretación en la que no entre en funcionamiento la totalidad de esta estructura existencial, aunque la intención del conocedor no sea otra que la de leer ‘lo que pone’, y tomarlo de las fuentes ‘como realmente ha sido. (2017, p. 328)

De este modo, Gadamer resalta que comprender siempre es un diálogo con la tradición. En la comprensión intervienen el pasado y el horizonte interpretativo del presente. La comprensión está estrechamente relacionada con las relaciones históricas que la configuran. Mediante esta idea se enfatiza que el intérprete no es simplemente un observador externo o neutral, sino un partícipe activo. Desde esta perspectiva hermenéutica, la noción de comprensión es un proceso humano e histórico que está condicionado por el ser-en-el-mundo del intérprete.

Por consiguiente, el concepto de historia efectual se ensancha en diálogo con las ideas de Husserl y Heidegger. Pues, de Husserl se retoma el valor de la intencionalidad y la experiencia vivida como fundamentos para entender la experiencia desde una perspectiva fenomenológica. De Heidegger, en cambio, se adopta la comprensión de la historicidad del *Dasein* y la temporalidad del ser, que enmarcan la comprensión como una actividad intrínsecamente histórica y contextual. Ambos aportes son fundamentales en la formulación del concepto de historia efectual, ya que permiten a Gadamer concebir la comprensión como un proceso activo, condicionado por el horizonte histórico y la tradición. Así, Gadamer, no solo retoma estas influencias, sino que las reformula, superando los límites de la reducción fenomenológica y consolidando una hermenéutica que reconoce la inseparabilidad entre el intérprete, su contexto histórico y el objeto interpretado.

Acorde con esta forma de concebir el concepto de historia efectual, Gadamer critica tanto al historicismo como a la Ilustración por sus enfoques limitados respecto a la comprensión histórica. Al historicismo, Gadamer ha de señalar que su pretensión de objetividad al reconstruir el pasado ignora que todo intérprete está inmerso en una tradición y condicionado por su

presente. La creencia de un acceso neutral al pasado desconoce que la historia es siempre efectual, que afecta al intérprete y es reinterpretada constantemente. A la Ilustración, Gadamer la ha de reprochar su ferviente idea de que la tradición es un impedimento para el progreso racional. Como ya lo hemos dicho, Gadamer reivindica la tradición con la que se dialoga y en virtud de ello se amplía el horizonte de comprensión del intérprete. Así, Gadamer supera estas posturas al integrar la historicidad y la tradición como elementos constitutivos de todo acto hermenéutico.

La historia efectual en la hermenéutica gadameriana se configura como una respuesta crítica y creativa frente a las principales tradiciones filosóficas que precedieron su pensamiento. Gadamer incorpora elementos de la hermenéutica romántica como la reconstrucción del contexto del autor. De igual modo, integra elementos de la fenomenología como la intencionalidad y la experiencia vivida. También, articula elementos a partir de los cuales profundiza en la historicidad del *Dasein* propuesta por Heidegger. Además, acoge elementos que permiten superar influencias de objetividad del historicismo y la Ilustración, reivindicando en su lugar la tradición como una fuerza viva que condiciona y enriquece el acto interpretativo. En línea con esta última apreciación, es posible decir que la historia efectual remite al reconocimiento de que todo intérprete está inevitablemente situado en un horizonte histórico y que su comprensión no es neutral ni estática, sino que es activa y en diálogo continuo entre pasado y presente. La tradición es recibida, interpretada y transformada. Así, la historia efectual no solo describe la relación entre el intérprete y su contexto histórico, sino que también expresa la participación activa del intérprete mediante la cual la comprensión se realiza como un proceso profundamente humano e histórico.

En síntesis, las anteriores descripciones sobre el concepto de historia efectual según el planteamiento hermenéutico de Gadamer, nos permite ubicar la experiencia de comprensión más allá de la simple reconstrucción objetiva del pasado. Por eso es posible decir que cuando

se realiza la tarea de comprender un texto como, por ejemplo, *Cóndores no entierran todos los días*, ello no significa acceder a un sentido fijo e inmutable respecto al fenómeno de la violencia bipartidista en el Valle del Cauca. Contrario a ello implica comprender en función de contribuir con la participación en la construcción permanente de un sentido. Mediante la participación activa del intérprete acontece un diálogo con la tradición y la historia. La contribución de Gadamer muestra que el pasado no es una realidad finiquitada, es una fuerza viva que opera en el presente a través de la interpretación efectuada por el intérprete en su mundo. De igual forma, el aporte de Gadamer sobre la historia efectual facilita entender cómo el lector no es un observador externo que analiza la novela desde una distancia neutra, sino como un mediador entre el sentido del texto y la tradición. Y es esta forma de entender el carácter mediador del intérprete, la que podemos relacionar con el sentido de la violencia bipartidista que se proyecta en *Cóndores no entierran todos los días*. Este sentido se enriquece y se transforma a través de las distintas lecturas que hacen los lectores de la obra en diferentes momentos históricos. El concepto de historia efectual remite a la interpretación como relación del pasado y con un asunto del presente. Gadamer subraya que la comprensión implica la actualización constante de la tradición en el presente. Punto de vista que puede asociarse con el texto *Cóndores no entierran todos los días*. Texto que continúa siendo un testimonio significativo sobre la Violencia en Colombia no solo en el momento de su publicación, sino en el devenir de la historia del país. En este sentido, la importancia de la historia efectual dentro de esta investigación radica en que fundamenta teóricamente el enfoque interpretativo adoptado y que también ofrece una comprensión del papel que juega el lector como agente activo en la comprensión nueva del significado de ese texto literario.

1.2 Fusión de horizontes

En la hermenéutica filosófica de Gadamer la fusión de horizontes constituye un concepto fundamental en lo referido a la experiencia de comprensión. Esta se realiza en

conversación entre interlocutores partícipes de diferentes perspectivas históricas y culturales. Cada interlocutor en la medida en que participa activamente en el proceso de comprensión e interpretación contribuye a la generación de posibilidades de sentido. La interpretación deviene como acontecimiento dinámico en el que se crea nueva manera de entender y significar un asunto en común y ello contiene el horizonte del intérprete y el horizonte del texto. Esta fusión produce un cambio tanto en el intérprete como en el texto. Hecho que interpela la idea de que el significado del texto es fijo y accesible desde una única perspectiva. Contrario a ello, la fusión de horizontes representa continuidad nueva e integración de la multiplicidad de opiniones. Y es precisamente este modo de entender la fusión de horizontes el que adquiere importancia en la presente monografía de grado. La fusión de horizontes permite hablar de una relación productiva y complementaria entre el intérprete y el texto, tal y como sucede cuando un lector se relaciona con el fenómeno de la violencia bipartidista a partir de un texto como *Cóndores no entierran todos los días*. Esta relación presupone la comprensión de la historicidad de ese fenómeno y desde allí actualizar el significado al punto de producir nuevo sentido de acuerdo con la experiencia y el contexto del lector. En línea con ese punto de vista en el presente apartado se analiza el concepto de fusión de horizontes y sus posibilidades de aplicación en el ejercicio de interpretación literaria. Lo que hace posible realizar una lectura desde la que comprende el pasado de manera diferente en diálogo con las circunstancias que determinan el presente del intérprete.

El concepto de fusión de horizontes en la hermenéutica Gadamer se propone como respuesta diferente al punto de vista historicista de la comprensión de Wilhelm Dilthey. Este enfoque privilegió la idea de que el intérprete puede desplazarse por fuera de su propio horizonte histórico, con el fin de reconstruir el pasado desde la perspectiva original del autor o del contexto en el que se produjo el texto. Gadamer advierte el límite de esta perspectiva. Sostiene que el intérprete nunca puede desligarse de su propia historicidad y que la comprensión

no consiste en trasladarse a un horizonte sino en relacionarse de manera activa entre interlocutores ubicados en horizontes distintos. Al respecto, Jean Grondin señala que, "la fusión de horizontes tiene el fin de responder a aquellos que, como Dilthey, pretenden que la tarea de la comprensión consista en salir del horizonte del presente a fin de desplazarse (*sich versetzen*) hacia el horizonte del pasado" (2013, p. 24). Esta crítica a Dilthey encuentra correlato en el análisis fenomenológico de Martin Heidegger. Según Gadamer, Heidegger ya había argumentado en *Ser y tiempo* que el ser-en-el-mundo implica que toda comprensión está situada históricamente y determinada por las precomprensiones del intérprete. Gadamer retoma esta idea, pero va más allá al introducir el concepto de fusión. Estima que la fusión alude al proceso mediante el cual el horizonte del pasado y el horizonte del presente no permanecen aislados, sino que se encuentran en un diálogo que hace posible que uno y otro se transformen. En efecto, la fusión de horizontes no busca eliminar la distancia histórica. Antes bien integra como elemento esencial en el acto de comprender al vínculo pasado y presente en función de la actualización del sentido de mundo de las partes involucradas. Pero, ¿qué significa hablar de horizontes a partir de la perspectiva hermenéutica de Gadamer?

Este pensador define el horizonte como "el ámbito de visión que abarca y encierra todo lo que es visible desde un determinado punto" (Gadamer, 2017, p. 372). Hablar de horizonte implica hablar del carácter de límite perceptivo y conceptual dentro del cual se configuran las posibilidades de comprensión y significación de algo extraño por parte del intérprete. El horizonte no es estático ni absoluto. Contrario a ello, se amplía y se transforma en la medida en que el intérprete gana nuevas experiencias que ayudan a ensanchar su perspectiva y la visión de mundo en la que se mueve. Este proceso de expansión y transformación del horizonte acontece cuando el intérprete se confronta con lo desconocido, con las perspectivas ajenas o con situaciones atípicas que no encajan en su modo habitual de entender y significar la vida. Lo no familiar o atípico interpela al intérprete y esta hace posible la renovación de la manera

habitual de decir o de interpretar del intérprete. En ese sentido, Gadamer subraya que nuestra perspectiva inicial no es algo que debemos desechar o superar completamente para acceder a una interpretación más correcta, sino que constituye la condición necesaria desde la cual se produce una nueva comprensión en la relación con lo otro. De ahí que Grondin afirme que

Es más acertado decir que el horizonte es aquello que vemos desde un punto de vista. El horizonte mismo no es el punto de vista. Cuando subimos a un promontorio o a la cumbre de una montaña disfrutamos de una bella vista del horizonte, pero el horizonte mismo no es nuestro punto de vista. (2013, pp. 26-27)

Esta metáfora ilustra que el horizonte no es la perspectiva individual a partir de la cual alguien se distancia y observa al otro. Antes bien, muestra que el horizonte simboliza el espacio de sentido en virtud del cual algo dicho adquiere significado. La noción de horizonte implica tanto el marco de referencia de la comprensión, como la posibilidad de ensanchamiento y transformación del horizonte habitual y de otros horizontes del mundo. Esto exige apertura respecto a las perspectivas ajenas. Dejar decir al otro implica favorecer la posibilidad de ver los límites del horizonte del otro y de advertir en él algo que aún no existe en el horizonte del intérprete. Ello se constituye en la condición de expansión del horizonte y da lugar a nuevas posibilidades interpretativas. Sin embargo, Gadamer recuerda que en ese proceso el horizonte del intérprete no pierde su identidad inicial. Más bien, la profundiza y enriquece al integrar elementos provenientes de otros contextos. Ensanchar el horizonte enreda el diálogo en el que se reconoce la alteridad del otro y se pone de relieve las propias certezas del intérprete, lo cual hace posible la transformación del intérprete y de lo dicho por el otro. Por tanto, la ampliación del horizonte es la condición para realizar una comprensión nueva y matizada de la realidad histórica y cultural que se interpreta.

Si el horizonte se comprende como el ámbito o el contorno dentro del cual se configuran nuestras experiencias y comprensiones, la fusión de horizontes representa el proceso mediante

el cual distintos horizontes históricos y culturales entran en diálogo, generando una transformación mutua. En línea con esta forma de entender la fusión de horizontes, Gadamer sostiene que comprender un texto o un punto de vista no implica solo reconstruir el pasado en sus propios términos. Significa también integrar su significado dentro del propio horizonte de comprensión del intérprete. Al respecto, Gadamer afirma que la fusión de horizontes presupone el proceso de "recuperar los conceptos de un pasado histórico de manera que contengan al mismo tiempo nuestro propio concebir" (Gadamer, 2017, p. 453). Este proceso, lejos de ser una mera apropiación del pasado, admite un encuentro entre el intérprete y la tradición. La tradición se actualiza en el presente y articula un nuevo pensamiento. Grondin señala que "la expresión [fusión de horizontes] quiere decir que dos tradiciones pueden reunirse en un solo pensamiento" (Grondin, 2013, p. 28). Con ello, se enfatiza que la comprensión no es un acto unidireccional en el que el intérprete absorbe el horizonte del otro. Es una interacción dialógica en la que ambos horizontes se modifican y enriquecen.

La fusión de horizontes, lejos de ser un simple ajuste entre diferentes perspectivas, es un acontecimiento dinámico en el que la comprensión hace posible la generación de un nuevo sentido que emerge de la interacción entre el intérprete y el sentido interpretado. Gadamer enfatiza que comprender representa un proceso vivo y en constante evolución. En el entender lo dicho por otro la historia efectual y la tradición juegan un papel esencial. Así en la fusión de horizontes ni el intérprete ni el texto permanecen inalterados. Ambos se transforman en el encuentro hermenéutico. El intérprete al establecer una relación con un horizonte distinto al suyo tiene la oportunidad de ensanchar su propia comprensión y de integrar significados que antes le eran ajenos. Entender de este modo, la fusión de horizontes supone formación (*Bildung*) con lo otro. El concepto de formación alude esencialmente al darse forma con el otro en una relación de mutuo reconocimiento. Mediante este hacerse con el otro acontece un desarrollo y un transformarse progresivamente en la propia capacidad de comprensión y de juicio crítico en

el encuentro con lo extraño. En línea con lo anterior, Gadamer sostiene que “formarse quiere decir precisamente: elevarse desde la particularidad de la experiencia a la universalidad de la comprensión; es reconocer la limitación de nuestro propio horizonte al confrontarlo con otro horizonte que lo interpela y lo amplía” (2017, p. 41). En este sentido, el proceso de formación es más que una simple acumulación de información. Simboliza una experiencia profundamente transformadora en la que el intérprete revisa continuamente sus prejuicios y certezas en función de nuevas vivencias con otros interlocutores ubicados en otros horizontes culturales e históricos. Esta idea de ponderación de lo habitual en función de la creación con el otro encuentra su correlato en la forma como Gadamer concibe la experiencia de comprensión del texto escrito. El texto no es un objeto cerrado que espera ser descifrado en su sentido original, sino que adquiere nuevas dimensiones en la medida en que es interpretado en diferentes contextos históricos. Cada lectura representa una actualización del texto. Toda actualización implica que el horizonte del lector se resignifica en su contenido a la luz del modo como se relaciona su propia historicidad con la historicidad del pasado. Lo que siempre genera una comprensión renovada y enriquecida. En efecto, se trata de entender la actualización a partir del vínculo entre pasado y presente. Lo cual es posible de ver en la lectura realizada por el intérprete al momento de aproximarse al texto literario como, por ejemplo, la interpretación del sentido de la violencia bipartidista en *Cóndores no entierran todos los días*.

La descripción que hemos realizado hasta aquí sobre el modo como Gadamer entiende el concepto de fusión de horizontes nos permite decir que en la comprensión acontece una experiencia en la que se interrelacionan pasado y presente. En línea con ese presupuesto se evidenció que la fusión de horizontes implica diálogo en medio del lenguaje, diálogo en el que el intérprete entiende lo dicho por el otro y en la medida en que lo comprende lo pone en relación con su horizonte de comprensión. Todo acto de comprensión no solo engloba a la interpretación, sino que también integra a la aplicación del sentido vigente de un texto a la circunstancia del

presente que determinan al intérprete. Y es esta idea la que hemos querido poner de relieve en cuanto que ella nos permite correlacionarla con la interpretación del sentido de la Violencia en *Cóndores no entierran todos los días*. Este texto proyecta un modo de entender y de significar la forma cómo la sociedad colombiana de mediados del siglo XX se representa su relación con el mundo: la violencia como vía de regulación con el otro. Si se comprende ese sentido, emerge la posibilidad de interpelar y abrirse a otras posibilidades de significación sobre la relación de entendimiento mutuo entre los ciudadanos. Hacer de ese modo una práctica potenciaría la producción de nuevos significados, lo cual favorece la fusión horizontes. Por consiguiente, la fusión de horizontes representa la creación de nuevo sentido a partir de la relación dialéctica y productiva entre el intérprete y lo dicho por el autor texto ubicado en otra situación de mundo. Toda relación de complemento entre interlocutores ubicados en distintos horizontes contribuye a la expansión del sentido original proyectado por el autor del texto como respuesta a una pregunta.

1.3 Experiencia de comprensión

Mediante este apartado se pretende poner de relieve el modo como Gadamer concibe la experiencia de comprensión. Esta no es un acto aislado a través del cual el intérprete hace una representación intelectual de ella como objeto. En cambio, es un acontecimiento dialógico en el que acontece el habla viva y se favorecen las condiciones para actualizar a los involucrados y a la tradición. Lo cual presupone la exigencia de producir una nueva interpretación y la posibilidad de transformación del intérprete. En la medida en que se gane claridad sobre la experiencia de comprensión, se entenderá el carácter participativo y activo del intérprete en la construcción de un nuevo significado del texto literario haciendo valer la propia historicidad de este. La generación diferente de sentido del texto constituye un garante en virtud del cual se

puede examinar y comprender el fenómeno de la violencia bipartidista de acuerdo con lo expresado en *Cóndores no entierran todos los días*.

En efecto, la experiencia de comprensión remite no a un método de recuperación del sentido original del texto, sino alude a un proceso activo de generación de nuevo significado. Tal como ya se mostró la historia efectual y fusión de horizontes son presupuestos contenidos en el proceso diálogo y este supone al intérprete participando activamente en la comprensión del sentido del texto y en la generación de interpretaciones diferentes. Pero, ¿cuáles son los elementos esenciales a la experiencia de comprensión?

Uno de los rasgos propios de la hermenéutica filosófica de Gadamer es que la comprensión presupone conversación en la que no solo se comprende la tradición desde el particular horizonte histórico, sino también se entienden maneras de saber ajenas y se aprende a ver por fuera del modo cotidiano de representar. (Cuchumbé, 2022, p. 156)

Al respecto, cabe comenzar por recordar que Dilthey concibe la experiencia como un acto en el que el intérprete debía abandonar su propio horizonte histórico, con el fin de poder situarse en el horizonte del autor y en el contexto histórico en el que se produjo el texto. Acorde con esa forma de entender la experiencia, Dilthey estimó que el intérprete podía realizar una reconstrucción objetiva y neutral del sentido del texto. Todo ello favorece entender la forma cómo el autor pensaba. El intérprete estaría en posibilidad de acceder a las vivencias del autor mediante la empatía. Lo cual sería factible si la comprensión se sustentará en un método capaz de reproducir las experiencias originales del autor. Frente a esta perspectiva, Gadamer señala que desde ella se desconoce la estructura histórica de toda experiencia. La experiencia de comprensión auténtica no puede reducirse a una mera reconstrucción garantizada en la reproducción de las vivencias del autor del texto. Implica, más bien, experiencia de transformación situada del intérprete o experiencia en la que acontece comprensión diferente de lo dicho por el autor del texto sin perder de vista las circunstancias del intérprete y las

exigencias de la tradición. De ahí que Gadamer rechace la idea según la cual “la experiencia cancela en sí misma su propia historia y la deja desconectada” cuando se limita a la reiterada reproducción científica (Gadamer, 2017, pp. 421-422). La experiencia de comprensión auténtica implica reconocer la historicidad y aceptar la imposibilidad de una reconstrucción neutral del pasado. Comprender es siempre acontecer en el que el horizonte del presente entra en diálogo con la tradición histórica a partir de la mediación del intérprete.

De igual modo, vale traer como elemento importante para entender el concepto gadameriano de experiencia de comprensión es el del génesis del sentido al origen de la experiencia de Husserl. Para este, la experiencia se basa principalmente en la percepción sensible, la cual considera la fuente originaria para toda interpretación posterior. En sus palabras, “aun cuando unas veces atrae más la atención el modo de corporalidad, toda percepción es orientada por caminos de posible interpretación” (Gadamer, 2017, p. 422). Frente a este modo de concebir la experiencia, Gadamer señala que Husserl permanece atrapado en una visión demasiado orientada hacia la percepción objetiva y sensible, descuidando así la dimensión histórica y lingüística que atraviesa toda experiencia interpretativa. La experiencia de comprensión siempre implica tener conciencia de la historia y del horizonte de sentido en el que participa el intérprete. Todo realizado en medio del lenguaje y determinado por la tradición, aspectos que Husserl había dejado a un lado. No obstante, Gadamer reconoce el aporte de Husserl respecto a la experiencia de comprensión que reside en destacar “destacar la pertenencia del yo individual con una comunidad lingüística” (Gadamer, 2017, p. 422).

Así mismo, se debe destacar otro elemento clave en la forma como se entiende la experiencia hermenéutica de acuerdo con el punto de vista de Gadamer. Este elemento reside en la contribución de Bacon: analizar el concepto de experiencia solo es posible si se deja de lado el rasgo teológico que ha venido determinando la forma como se legitima la construcción del conocimiento de acuerdo con el método inductivo. En palabras de Gadamer, el verdadero

aporte de Bacon en lo referido a la experiencia consiste en reconocer el papel abarcante de los prejuicios que hacen parte del ser humano y que como tal lo mantiene alejado del conocimiento de las cosas. Este punto de vista resulta significativo en cuanto que deja ver que los momentos de la vida de la experiencia no están referidos teleológicamente al objetivo de la ciencia. “Es lo que ocurre, por ejemplo, cuando entre los *idola tribus* Bacon menciona la tendencia del espíritu humano a retener en la memoria únicamente lo positivo y a olvidar las *instantiae negative*” (Gadamer, 2017, p. 424). Así, frente a la propuesta baconiana de sistematizar y objetivar la experiencia, Gadamer defiende una concepción en la que la experiencia de comprensión enreda el reconocimiento del valor de los prejuicios en el esfuerzo de interpretación efectuado por el intérprete. Lo cual implica que el intérprete tendrá que reconocer la influencia de los prejuicios en su experiencia de comprensión.

También, se destaca el elemento dialéctico inmanente al análisis de la experiencia. En este sentido, Gadamer recurre a la reflexión aristotélica desde la cual se explica la manera en que, a partir de observaciones individuales y repetidas, la configuración gradual de una experiencia general. Aristóteles ilustra este procedimiento a través de la metáfora de un ejército en fuga que progresivamente recupera la unidad al detenerse bajo un mando común, simbolizando así el tránsito desde percepciones individuales hacia conceptos generales y estables que constituyen la base del conocimiento científico (Gadamer, 2017). Según Gadamer, Aristóteles reconoce la experiencia como un proceso abierto, complejo e impredecible, que “no está determinada por el peso propio de una u otra observación, sino que en ella todo viene a ordenarse de una manera realmente impenetrable” (2017, p. 428). Por ello, Gadamer valora que Aristóteles identificó correctamente que la experiencia no puede reducirse a una acumulación mecánica de observaciones. Contrario a ello, la experiencia se circunscribe en aquello que es común y que queda en reposo en medio de la fuga de las observaciones que se configura como general; “la generalidad del concepto es para Aristóteles un *prius* ontológico. Lo que le interesa

a Aristóteles en la experiencia es únicamente su aportación a la formación de los conceptos” (Gadamer, 2017, p. 428). Esta formación es la que hace posible que en la experiencia el intérprete integre expectativas y las confirme en el otro. Se trata, entonces, de entender que la verdadera experiencia se hace y ella es siempre negativa. Es decir, la experiencia es negativa por el constante cuestionamiento y corrección de las generalizaciones iniciales del intérprete gracias a la otredad. Así, Gadamer señala claramente que:

La negatividad de la experiencia posee en consecuencia un particular sentido productivo. No es simplemente un engaño que se vuelve visible y en consecuencia una corrección, sino que lo que se adquiere es un conocimiento nuevo sobre las cosas. [...] A esta forma de la experiencia le damos el nombre de dialéctica. (2017, p. 429)

La experiencia hermenéutica implica reconocer esta dialéctica interna, pues solo en la constante confrontación y corrección de los prejuicios puede surgir una comprensión auténtica y situada históricamente.

Además, es clave poner de relieve el elemento introducido por Hegel sobre la experiencia: la apertura. Gadamer destaca la importancia de Hegel para entender lo que realmente significa tener experiencia. Según Gadamer, Hegel entendió la experiencia como un proceso en el cual cada persona revisa continuamente aquello que creía saber cuándo se enfrenta a situaciones inesperadas. Tener experiencia no es simplemente acumular conocimientos o datos, sino darse cuenta de que muchas veces las cosas no son como originalmente el intérprete las piensa. Cada vez que el intérprete experimenta algo nuevo, se produce en él un cambio significativo: lo que antes el intérprete consideraba seguro deja de serlo y su manera de entender el mundo también se modifica (Gadamer, 2017). De esta manera, Hegel explica la experiencia como un proceso que transforma profundamente la manera en que comprendemos las cosas. Esto implica que la experiencia es siempre dinámica, abierta y en constante movimiento. Acorde con ese principio Gadamer sostiene que la experiencia siempre permanece abierta y

preparada para nuevos descubrimientos. En este sentido, afirma que una persona experimentada es quien entiende que puede descubrir algo nuevo que modifique lo que ya sabe. Al respecto, Gadamer expresa que: “la dialéctica de la experiencia tiene su propia consumación no en un saber concluyente, sino en esa apertura a la experiencia que es puesta en funcionamiento por la experiencia misma” (2017, p. 432). Experimentar implica aceptar que siempre habrá algo más por aprender y que la comprensión de las cosas puede enriquecerse continuamente a través del diálogo con nuevas experiencias.

Estas descripciones realizadas sobre los elementos constitutivos de la experiencia de comprensión acorde con las contribuciones de Dilthey, Husserl, Bacon, Aristóteles y Hegel hacen posible decir que la experiencia de comprensión en Gadamer remite reconocimiento de la historicidad, del reconocimiento del vínculo del intérprete a la tradición, de los prejuicios, de la negatividad y la apertura. Podemos identificar algunos aspectos fundamentales que servirán para delimitar la idea gadameriana de experiencia de comprensión. Gadamer rescata de Dilthey la importancia de reconocer la dimensión histórica que determina la experiencia de comprensión del acontecer humano. De Husserl pondera la necesidad de profundizar en la estructura subjetiva y fenomenológica de la percepción dado que en ella reside la pertenencia de esa subjetividad a una comunidad de comunicación lingüística. De Bacon rescata la exigencia de valorar el papel de los prejuicios en los procesos cotidianos de habla y de relación con los otros. De Aristóteles ennoblece la capacidad de construcción común de principios generales mediante la experiencia, lo cual implica entender que existe la posibilidad de modificación de esos principios a partir de la intervención de otro actor social. Y de Hegel recupera el carácter abierto y transformador de la experiencia de formación a partir de la comprensión del contexto en el que ella se realiza. Todos estos elementos son articulados por Gadamer respecto a el modo como él entiende la experiencia de comprensión: comprender significa entender lo que el otro ha dicho en su propia circunstancia de mundo y relacionar lo

comprendido con el asunto de atención del intérprete en su presente sin que ello implique olvidar los saberes previos y la tradición en la que participa el intérprete.

La experiencia es parte esencial del ser humano en cuanto ser histórico. Experimentar no significa solo acumular conocimientos puntuales o alcanzar certezas definitivas, sino que implica, sobre todo, aprender que las expectativas iniciales del intérprete pueden fallar o ser actualizadas en su sentido de manera nueva. La experiencia está marcada por las decepciones, los límites y los fracasos. El intérprete tendrá que ganar conciencia de que no puede tener control total sobre su existencia. De ahí que Gadamer afirma que la verdadera experiencia no puede ahorrarse. Consiste en reconocer las propias limitaciones, aceptar la imposibilidad de prever todo, y descubrir cómo lo inesperado modifica la comprensión del mundo y del intérprete mismo (2017). Gadamer resume claramente su visión sobre la experiencia al señalar:

La verdadera experiencia es aquélla en la que el hombre se hace consciente de su finitud. En ella encuentran su límite el poder hacer y la autoconciencia de una razón planificadora. Es entonces cuando se desvela como pura ficción la idea de que se puede dar marcha atrás a todo, de que siempre se puede rectificar, de que de alguna manera siempre queda margen para la acción. La verdadera experiencia es así experiencia de la propia historicidad. (2017, pp. 433-434)

De esta forma, Gadamer enfatiza que experimentar significa reconocer la condición histórica infinita del ser humano. El intérprete está en una situación específica y tendrá que ganar conciencia de los límites que determinan su opinión sobre un asunto.

El reconocimiento de la experiencia como conciencia de la propia finitud histórica tiene su correlato directo en la llamada “experiencia del tú”. Gadamer dice que la experiencia del “tú” es esencialmente diferente a otras experiencias. Ella no se trata como un objeto inerte, sino como otro ser que responde y reacciona frente al intérprete. Cuando una persona interactúa con otra se lleva a cabo una experiencia de entendimiento con el otro, la cual nos saca del ámbito de la experiencia hermenéutica y nos manda al ámbito de la experiencia moral del tú. Tener la

experiencia del tú remite entonces al entendimiento mutuo que también demanda apertura, negatividad, reconocimiento de prejuicios y conciencia histórica. Por eso, la auténtica experiencia del tú demanda reconocer ese algo significativo ganado por el otro su formación y su singularidad histórica, lo que implica estar abiertos a la alteridad.

El análisis desarrollado en este apartado permite concluir que la experiencia de comprensión presupone una relación de entendimiento mutuo de lo expresado lingüísticamente por el otro. Esta relación enreda comprender el punto de vista del otro, relacionar ese decir del otro con el asunto de interés del intérprete en su circunstancia de mundo particular. Lo anterior siempre exige tener conciencia sobre los esquemas habituales de interpretación y la historicidad de lo dicho por los otros y que ayuda a la configuración del sentido. Es precisamente este elemento el que queremos destacar en la presente monografía en cuanto que él se constituye en la referencia del modo como entendemos el proceso de comprensión del sentido del texto escrito en el ámbito de la literatura. Un ejemplo que permite ilustrar esta alternativa de comprensión es la relación del lector con el sentido de la violencia bipartidista en *Cóndores no entierran todos los días*. Este sentido puede ensancharse a partir de la capacidad de rendimiento del pensamiento del lector de acuerdo con la situación histórica en la que se encuentra en su presente. En ese texto literario el sentido proyectado por el autor deja ver un sentido de la vida política en comunidad centrada en una práctica de exclusión y de pretensión de homogeneización de pensamiento y del actuar humano de los ciudadanos involucrados en ese momento histórico del desarrollo de la sociedad colombiano de mediados del siglo XX. Pero, ¿cuál es el contexto histórico en el que se construye ese texto literario? ¿Cuál es el sentido de la relación con el otro proyectada por el autor en esa obra literaria? ¿Es posible hablar de una fusión de horizontes entre el intérprete y el autor del texto a partir de la obra literaria? ¿Cómo posibilita la experiencia de comprensión una reinterpretación de la violencia bipartidista en texto narrativo?

CAPÍTULO 2

TRAMAS NARRATIVAS Y SENTIDO DE CÓNDORES NO ENTIERRAN TODOS LOS DÍAS

A través del segundo capítulo de la presente monografía se pone en diálogo los conceptos hermenéuticos expuestos en el primer capítulo con el texto *Cóndores no entierran todos los días* de Gustavo Álvarez Gardeazábal. Se trata de un esfuerzo de interpretación en el que se vincula historia efectual, fusión de horizontes y experiencia de comprensión con el sentido proyectado por el autor de ese texto en su narrativa respecto al fenómeno de la violencia bipartidista colombiana de mediados del siglo XX. En este texto se arriesga un modo de entender y de significar la violencia en las circunstancias históricas particulares que determinaron la forma de relación de los ciudadanos con las instituciones y prácticas sociales. Comprender ese sentido representa una posibilidad de encuentro entre el horizonte del intérprete lector y el significado ganado en su momento histórico por el autor. Así, la novela *Cóndores no entierran todos los días* permite revelar cómo la narrativa de Gardeazábal proyecta el pasado como una tradición viva que interpela al lector, resignifica el sentido histórico del conflicto y transforma la comprensión contemporánea de la violencia bipartidista en Colombia. Para hacer comprensible esta acepción se reconstruye en términos generales el contexto histórico en el que emerge una forma de narración en virtud de la cual se destaca por el autor de la obra la representación del otro como única referencia común y la reproducción de un modelo de encuentro interhumano cimentado en una sola visión de mundo que admite la homogeneización del comportamiento político de los ciudadanos. De igual modo, se aplica el concepto de historia efectual en el libro *Cóndores no entierran todos los días* con el fin de entender las interpretaciones producidas por los lectores desde otros horizontes provenientes de la literatura. También, se muestra la fusión de horizontes entre el sentido del texto y la forma de comprensión del intérprete para advertir las preguntas orientadoras del diálogo entre el autor

del texto y el intérprete. Además, se relacionan los elementos que subyacen al concepto de experiencia hermenéutica con algunos pasajes de *Cóndores no entierran todos los días* con el fin de poner de relieve la capacidad activa y productiva del intérprete cuando participa de la comprensión del sentido del texto.

2.1 Contexto histórico de *Cóndores no entierran todos los días* y su vínculo con la violencia bipartidista

La novela *Cóndores no entierran todos los días*, escrita por el autor colombiano Gustavo Álvarez Gardeazábal y publicada por primera vez en 1972, constituye una de las referencias literarias más representativas sobre el periodo conocido como “La violencia bipartidista” en Colombia. La trama narrativa de la novela se sitúa históricamente en la primera mitad del siglo XX y tiene como propósito describir la espiral de la violencia política, producto de las disputas entre los partidos políticos Liberal y Conservador en el centro del Valle del Cauca. Estas disputas ideológicas generaron consecuencias trágicas que afectaron a miles de ciudadanos como, por ejemplo, el silenciamiento de la voz del otro, la eliminación de la alteridad, el desplazamiento forzado, el comportamiento homogéneo, la imposibilidad del diálogo con el otro diferente y la destrucción de la vida por tintes políticos. Todas estas afectaciones fueron interpretadas y narradas por el autor de *Cóndores no entierran todos los días*. Narración mediante la cual se proyecta un sentido de relación de la ciudadanía colombiana con la vida, con el otro y con la organización política de la sociedad. Ese modo de entender y de significar la relación con el otro privilegia la homogeneización y la preeminencia de un solo punto de vista (horizonte) respecto a la forma de entender la vida humana en sociedad. Al respecto, a través del personaje principal, León María Lozano, conocido en la novela como “*El Cóndor*”, Gardeazábal interpreta los mecanismos instituidos social y políticamente para excluir, no entender al otro y aniquilar la opinión política diferente. Mecanismos reproducidos en las prácticas cotidianas y que determinaron el oscuro capítulo de la historia colombiana de la

década del cuarenta y del cincuenta del siglo XX. Se trata de un valioso esfuerzo de interpretación desde el que se deja un testimonio de la experiencia de vida humana a partir de la obra literaria. En este sentido, Oscar Osorio recuerda la pretensión de Gustavo Álvarez Gardeazábal en *Cóndores no entierran todos los días* que reside en reconstruir un hecho histórico:

No hay en ellas [las novelas de la violencia bipartidista] ánimo testimonial, pero sí necesidad de dejar constancia de un hecho; no están al servicio de una tesis, aunque obedecen a una interpretación más o menos clara para el autor; la dimensión literaria no ahoga la dimensión histórica; sin renunciar a la experiencia de lo regional, la hondura psicológica y el drama humano de los personajes da la dimensión universal. (2006, p. 106)

Acorde con ese hecho histórico, Gardeazábal destaca en su obra lo testimonial organizado desde la dimensión literaria. Dota a la obra de una fuerza simbólica y narrativa singular compatible con el ideal moderno de sometimiento del yo a una forma de entender la vida sin posibilidad de interpelar y de renovar el sentido habitual de las prácticas de entendimiento interhumano. Se admite el presupuesto de que solo existe un solo significado del acontecer histórico de un pueblo. La novela *Cóndores no entierran todos los días* permite comprender cómo la tradición histórica de talante excluyente del otro ejerce una influencia en la reproducción de significados propios de una visión de mundo de un grupo humano. Esto se pone de relieve cuando Gardeazábal expresa que

Al día siguiente, ni misiá María Cardona ni Josefina Jaramillo encontraron alguno, en el anfiteatro dejaron cuatro más con la misma herida a la altura de la nuca, sin ningún papel de identificación y ninguna posibilidad de ser reconocidos por los que pasaron por las mesas de azulejo donde los colocaron antes de enterrarlos en las filas de NN. (2003, p. 78)

La comprensión de *Cóndores no entierran todos los días* dentro del corpus de la llamada “novela de la Violencia”, también facilita develar la capacidad de narrar para superar el carácter

meramente anecdótico o propagandístico que marcó muchas de las primeras producciones de las novelas de la violencia. No se trata de un simple relato de lo sucedido en lo referido al ejercicio de la violencia política. Contrario a ello, se trata de una manera de narrar que entreteje un sentido de la vida y de la posibilidad de estar con el otro en sociedad. Es precisamente este talante el que hace posible hablar de una obra literaria integradora del sentido del acontecer humano colombiano en la mitad del siglo XX en clave estética. Por ello, ensayistas como Osorio advierten que *Cóndores no entierran todos los días* pertenece a un grupo reducido de novelas “con grandes virtudes literarias y con gran valor documental, que vuelven directamente sobre el fenómeno histórico y sus expresiones cruentas, pero desde una concepción estética” (Osorio, 2006, p. 106). Esta doble dimensión —estética y documental— hace que la novela sea un texto propicio para el análisis hermenéutico, pues la manera de narrar la formación del *ethos* ideológico representa un dar forma mediante el texto escrito a una práctica cultural en la que se niega la apertura y la construcción con el otro como disposiciones ineludibles cuando se presentan conflictos entre los seres humanos.

En línea con lo anterior, cabe recordar que la violencia bipartidista en Colombia constituye uno de los periodos históricos más dolorosos de la historia nacional. Este periodo dejó un saldo elevado de muertes y desplazamiento que contribuyó en la configuración de la cultura política del país. Incapacidad para dialogar y ausencia de la presunción de los conflictos de forma pacífica representa alguno de los rasgos de esa cultura política formada en la mitad del siglo XX. Más allá de una disputa electoral, el periodo de la violencia bipartidista fue el resultado de un proceso de radicalización ideológica y simbólica en el que los actores políticos dejaron de verse como adversarios legítimos y comenzaron a percibirse mutuamente como amenazantes. Según Lukas Rehm, “la polarización entre liberales y conservadores, la percepción de la realidad en la cual solamente existía amigo o enemigo, bueno o malo [...] culminaba en la equiparación de las actividades políticas y militares” (2014, p.23). Esta visión

reduccionista del mundo abonó el terreno para que la violencia adquiriera legitimidad entre los militantes, quienes llegaron a considerar el aniquilamiento del opositor como un deber político y moral. De ahí que sea posible afirmar que la violencia no fue únicamente un fenómeno coyuntural, sino una expresión de una estructura cultural formada y profundamente arraigada en la cotidianidad. La militancia política, en lugar de estar mediada por el debate democrático, se consolidó como una forma de identidad excluyente y apasionada. En palabras de Rehm, “la militancia en los partidos tradicionales, que son las subculturas políticas, representaba en el contexto cultural de La Violencia: liberales y conservadores se mataban por ser liberales y conservadores” (2014, p.22). Este enfoque permite comprender que la violencia bipartidista fue el resultado de un largo proceso de construcción de identidades partidistas que redujeron el margen para el reconocimiento de la diferencia, el disenso como punto de partida del entendimiento interhumano y la comprensión de los límites de toda visión ideológica.

La novela *Cóndores no entierran todos los días* representa literariamente la realidad histórica de la violencia bipartidista a través de una cuidadosa construcción narrativa en la que circulan personajes, ambientes y eventos directos del contexto político colombiano de mediados del siglo XX. Contexto que tiene como característica la formación de la cultura política sin la voz del otro. Los eventos narrados en la novela transcurren en el contexto geográfico de la ciudad de Tuluá y sus alrededores, departamento del Valle del Cauca, mencionada de manera explícita en el relato. La delimitación de este contexto permite al lector de la obra enfocar los acontecimientos narrados en el lugar reconocible marcado por la polarización partidista. Mediante personajes como León María Lozano y su círculo de dirigidos “los pájaros”, Gardeazábal pone en escena las dinámicas del poder local, la persecución ideológica, la acusación y el terror institucionalizado.

Pero no fue el único, Navia y Olano también lo advirtieron desde su sede conservadora y armaron la rebelión, La disculpa fueron los muertos que bajaban todas las noches por

el Cauca. El Siglo dijo que eran conservadores y El Tiempo que eran liberales, pero en La Virginia, donde los atajaban con la barriga a reventar, la cara mordisqueada por los peces y las extremidades casi siempre quebradas a palo, ninguno de los muertos llevaba papeles de identificación y como resultaba tan embarazoso cargar con esas pestilencias, apenas los sacaban los enterraba en la fila de los que como N.N. crecieron tantos cementerios en Colombia. (2003, pp. 65-66)

El ambiente de tensión, miedo y represión que predomina en la novela refleja con nitidez la atmósfera opresiva de una comunidad marcada por el sectarismo político, esto es, por el dogmatismo monológico. La novela evoca la memoria¹ de la violencia a partir de una representación profundamente ligada al territorio y prácticas políticas, al convertir tanto los espacios rurales como urbanos del Valle del Cauca en escenarios donde la crueldad y la falta de justicia adquieren un papel central (2006). Así, el texto narrativo emerge como un medio privilegiado para representar los efectos concretos de la violencia política a nivel nacional y en sus manifestaciones íntimas y cotidianas.

En efecto, la contextualización histórica de la obra realizada hasta aquí se constituye en un insumo importante en lo referido al análisis hermenéutico de ella. Según Gadamer, todo acto de comprensión está inevitablemente mediado por la historicidad. La comprensión no surge en vacío, sino que se inscribe en un entramado temporal y cultural que condiciona tanto al texto como al intérprete (2017). El contexto histórico no constituye un simple telón de fondo, sino un elemento constitutivo del sentido: “todo comprender se encuentra situado en una situación determinada y está limitado por esa situación” (2017, p.384). Lo que implica reconocer que el texto mismo enreda una carga histórica que debe ser entendida si se desea interpretar de manera rigurosa su significado. De ahí que la contextualización es una condición de posibilidad para una experiencia comprensiva del texto. Por ejemplo, en el caso de *Cóndores no entierran todos*

¹ Cabe señalar que la presente monografía acoge el planteamiento de Gadamer respecto al concepto de memoria. Este se puede enunciar de la siguiente forma: hablar de memoria es hablar de una responsabilidad igual en el cometido de confirmar y renovar el pasado en el presente. (Cuchumbé, 2023, p. 636)

los días, el análisis del contexto de la violencia bipartidista permite entender cómo la narrativa influye en la configuración de un sentido que emerge del conflicto, y al mismo tiempo, cómo este sentido dialoga con el horizonte del lector contemporáneo. La mediación histórica, por tanto, no limita la comprensión, sino que la habilita como un encuentro fecundo entre el pasado narrado y el presente interpretativo.

En concreto se puede decir que la novela *Cóndores no entierran todos los días*, por estar profundamente anclada en una tradición narrativa que da cuenta de un momento decisivo para la historia nacional, constituye un texto pertinente para ser abordado desde la hermenéutica filosófica de Gadamer. La contextualización histórica no solo enmarca la obra, sino que permite entender el sentido que arriesga el autor. La sociedad vallecaucana de mitad del siglo XX reproduce una forma de entender y significar la vida que no otorga juego y valor al punto de vista del otro partícipe de un horizonte ideológico diferente. Antes bien, asigna importancia a la negación de la alteridad en el proceso de construcción de una cultura común y la organización sociopolítica. Esto potencia la formación de un talante ciudadano que responde a una lógica de homogeneización del comportamiento humano. La posibilidad de encuentro y fusión de horizontes se reduce en su máxima expresión. Este hecho ahoga en los militantes conservadores y liberales el poder ver los límites de sus posiciones y el poder crear con el otro diferente. Lo anterior, narrado en términos literarios por Gardeazábal en su obra *Cóndores no entierran todos los días*.

2.2 Historia efectual: la tradición en la narrativa de la violencia bipartidista

Al poner de relieve el contexto que determina la narración de Gardeazábal sobre el conflicto bipartidista colombiano en los años cuarenta y cincuenta del siglo XX en el centro y norte del Valle del Cauca, se deja ver que *Cóndores no entierran todos los días* ocupa un lugar central dentro de la tradición narrativa sobre la violencia bipartidista. Esa novela de

Gardezabal se inscribe en un periodo histórico que lo interroga críticamente desde lo literario. De ahí que la novela no reproduce pasivamente los acontecimientos de violencia ni los organiza como simple documento histórico, sino que los interpreta mediante estrategias narrativas que permiten cuestionar las formas de ejercer poder, las prácticas de impunidad y la institucionalización de la violencia. El uso de la ironía, la construcción de personajes ambivalentes, el tratamiento simbólico del espacio y la estructura misma del texto narrativo se convierten en recursos mediante los cuales Gardezabal pone en juego las versiones oficiales de la historia (Osorio, 2020), invitando al lector a una reflexión crítica sobre las formas y estrategias de represión, persecución y aniquilamiento entre los militantes de los partidos políticos que protagonizaron el conflicto bipartidista en las zonas rurales y urbanas del país. Se trata de una novela que representa parte de la memoria colectiva y esta es realizada por fuera de los esquemas habituales de representación simbólica de los colombianos. En palabras de Milloria Nolla *Cóndores no entierran todos los días*

no sólo se apropia de un período determinado de la realidad histórica colombiana sino que, a la vez, se constituye como vector de memoria colectiva, logrando romper con las limitaciones tradicionales impuestas a los términos de ficción y no-ficción. (2001, p. 224)

Para ello, Gardezabal combina el testimonio y la invención, con el fin de proyectar un saber histórico y cultural. Combinar testimonio e invención permite al lector comprender la historia de la violencia bipartidista desde una óptica no oficial de la historia en Colombia. Gardezabal, mediante la novela, desdibuja los límites de la historia oficial y la experiencia subjetiva. La posición de sentido que caracteriza a la novela no concibe a la historia oficial como un dato cerrado, más bien la entiende como abierta y posible de ser narrada por fuera del canon dominante. La apertura o manera de relacionarse con la historia más allá de la versión bipartidista puede interpretarse como una experiencia hermenéutica. El intérprete narra los

acontecimientos del pasado en relación con las circunstancias de su presente, lo cual facilita aproximarse al tema de la violencia bipartidista desde una perspectiva de apertura. En este sentido la novela *Cóndores no entierran todos los días* ofrece no es una versión cerrada del pasado. Antes bien, proporciona un enfoque de interpretación abierta mediante el cual se comprende la violencia bipartidista por fuera de los prejuicios dominantes sin una pretensión definitiva de lo acontecido en la mitad del siglo XX en Colombia.

A través de la interpretación abierta, Gardezabal introduce en la novela personajes como León María Lozano y los llamados “pájaros”. Ellos son proyectados mediante figuras simbólicas que condensan en su representación literaria formas tradicionales de entender el poder político y la violencia legitimada por el Estado. En términos del ensayista Osorio (2020), la figura del “Cóndor” encarna a la persona que, en nombre de una supuesta causa moral o política, asume el rol de justiciero, pero termina imponiendo un régimen de terror sobre la comunidad. De igual modo, Gardezabal (2003) señala que la primera acción que consolidó la figura del “Cóndor” como líder conservador, y que le permitió orquestar las muertes y someter a Tuluá al miedo y al terror, fue su intervención frente a la turba liberal que se sublevó después del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948. Al respecto, cabe recordar que:

León María los vio venirse [...] —con una tranquilidad que Tuluá hoy seguramente está recordando—, se sacó el pucho de la boca y encendió la mecha del taco. Ahí les va, chusma atea gritó, y salió corriendo para su casa con sus tres compañeros. [...] Se abrió un boquete en todo el medio de la calle que por allí, meses después, muchos creyeron que era por donde brotaban los cadáveres que aparecían tirados en las calles de Tuluá todas las madrugadas. [...] León María, sin embargo, no fue consciente en los primeros días de lo que había hecho, y aun cuando siguió madrugando para ir a vender en su puesto de la galería, poco a poco se fue dando cuenta de que no solamente le compraban más quesos, en algo así como el premio a su labor católica, sino que los muchachitos de las escuelas pasaban por su puesto [...] como quien va a mirar las vistas de tipos de la película del teatro. (2003, pp. 12-14)

Esta narración de Gardeazábal sobre la acción inicial de León María anticipa cómo en la novela se va implantando una forma de poder en la que el miedo reemplaza al diálogo y la exclusión del otro se convierte en fundamento de legitimación política (Rehm, 2014). La acción de León María revela una manera de relación política en la que el punto de vista del otro diferente es entendido desde una posición de sentido determinada por la amenaza y la imposición como única vía para la construcción del orden. De acuerdo con el análisis de Rehm (2014), ese modo de relación es la manifestación extrema de la imposibilidad del reconocimiento del otro y la incapacidad de diálogo con la alteridad. Uno y otro rasgo favorecen procesos de radicalización ideológica tal como se presenta en la escena narrada. En este sentido, la comprensión de la visión del mundo del otro se suspende y la posibilidad de fusionar horizontes se desdibuja. En efecto, la acción de León María proyecta una manera de comprender la relación entre los partidos políticos a partir de la confrontación bipartidista. Lo cual elimina cualquier posibilidad de encuentro con el otro que no milita en el mismo partido político, consolidando así un poder basado en la eliminación de la opinión del otro.

Desde la perspectiva gadameriana, la comprensión implica apertura a la tradición. De igual modo, se puede decir que la comprensión no significa abandonar el horizonte propio con el fin de trasladarse a otros horizontes extraños, ajenos a la experiencia particular de quien participa de un determinado horizonte. Contrario a ello, la comprensión significa reconocer que "todos los horizontes juntos forman un gran horizonte que se mueve por sí mismo" (Gadamer, 2017, p. 373). Esta apertura a la tradición y este comprender la formación de un gran horizonte estructuran la historia efectual. Ella es la fuerza que actúa incluso antes de todo acto consciente de interpretación (Gadamer, 2017, p. 371). En línea con esta consideración gadameriana, es posible indicar que la configuración del poder a través de la violencia bipartidista en *Cóndores no entierran todos los días* se inscribe en una tradición desde la cual los actores establecen relaciones dogmáticas y cerradas al horizonte que le es familiar. Estas posiciones dogmáticas y

cerradas tienen como característica el no reconocer la historicidad o la multiplicidad de opiniones que constituyen la historia de un individuo o de un pueblo.

Acorde con las pretensiones de esta monografía, cabe señalar que esa forma de no reconocimiento de la historia efectual se pone de relieve cuando Gardeazábal narra escenas en las que muestra las acciones violentas de León María caracterizadas por negar el pasado histórico del otro y por trasladar la historia de León María como única experiencia válida en el presente: “las bandas que centralizaba León María empezaron a matar no solamente en sus rondas nocturnas sino también a pleno día. El gobierno era algo igual a los pájaros y los pájaros eran algo igual al gobierno” (Gardeazábal, 2003, p. 146).

Esta representación literaria que se proyecta en la narración de Gardeazábal se corresponde con la dinámica que describe Rehm, quien sostiene que la violencia adquirió una creciente legitimidad “en la medida que las autodescripciones, las imágenes del otro y las interpretaciones de las realidades políticas y sociales se volvían cada vez más excluyentes, más drásticas y más agudas” (2014, p. 37). Se puede decir respecto a esa situación histórica de violencia bipartidista que *Cóndores no entierran todos los días* remite al accionar de líderes cívico-religiosos determinados por una posición ideológica como única referencia histórica de verdad. Desde esta referencia común, según Gardeazábal, se auspiciaron persecuciones sistemáticas contra los opositores políticos partícipes de un horizonte de mundo distinto al imperante en la Colombia de mediados del siglo XX.

En la narración de Gardeazábal se pone en juego el punto de vista de personajes que ejercieron el poder y esa opinión remite a un pasado específico. En la narración literaria que hace Gardeazábal en *Cóndores no entierran todos los días*, esos personajes se presentan como líderes de una estructura de poder legitimada por la religión y la ideología política: “Tuluá tuvo que traumatizarse para poder convencerse de que quien dirigía toda esta matazón era León

María Lozano, el antiguo vendedor de quesos, el mismo que iba a misa todos los días donde los salesianos” (Gardeazábal, 2003, p. 96). Esta narración encuentra su correlato en el análisis de Rehm, quien, apoyándose en un texto del periódico *El Derecho*, señala que

otros políticos conservadores interpretaban la realidad política de una manera similar y veían en sus seguidores no a meros militantes de un partido político, sino más bien a combatientes, dado que ‘quien se precie conservador debe ser [...] un soldado activo del partido’. (2014, p. 39)

Desde esta perspectiva, se simboliza un modo de operar político que proyecta sus efectos sobre la situación histórica de violencia en el contexto colombiano de mitad del siglo XX. *Cóndores no entierran todos los días* contribuye a nutrir una tradición por medio de la narrativa en virtud de la cual se interpela la forma habitual de hacer política. Este interpelar potencia la conformación de memoria de la violencia bipartidista, lo cual presupone comprensión por parte del lector.

Por lo consiguiente, *Cóndores no entierran todos los días* introduce interrogantes que ponen entre dicho las formas y prácticas institucionalizadas en el presente respecto a la relación con el otro. En este sentido, la comprensión del entramado narrativo de esa novela favorece el ganar conciencia de uno de los componentes claves de la historia efectual (Gadamer, 2017): la violencia como modo de relación con el otro. La fuerza de las narraciones ofrecidas por Gardeazábal en *Cóndores no entierran todos los días* deja ver la ambigüedad moral de sus personajes, Osorio (2020). De igual modo, invita al lector a confrontar el legado de la violencia bipartidista y a reflexionar sobre las tradiciones que legitiman la exclusión y el poder. Y este interpelar lo ganado y transmitido corresponde a lo que Gadamer entiende como la acción de la historia efectual, mediante la cual el pasado continúa determinando la manera de comprensión de quienes viven en el presente. Un ejemplo que ilustra la posibilidad de interpelar esa acción

de la historia efectual es la escena narrada por Gardeazábal en la que León María Lozano recibe armas y respaldo moral de los doctores conservadores en nombre de la fe y la tradición:

El doctor Ramírez extendió su chequera y después de hacer una apología de lo que significaba para la religión católica la existencia de defensores del orden establecido, de la verdad impuesta y de la tradición [...] enfrentó a León María a la posibilidad del exterminio de todos los conservadores, de todas las comunidades religiosas y sobre todo de la fe cristiana, poniendo como prueba la matazón del nueve de abril que hicieron las turbas liberales. [...] León María, el más católico y correcto de sus ciudadanos, como lo recita doña Midita al llegar a este momento, había quedado encargado de la dirección. [...] Los tres doctores terminaron seguramente de darle los grandes designios a León María [...] lo dejaron en su casa con las tres cajas de carabinas al tiempo que le prometían unas ametralladoras recortadas para la semana siguiente. (2003, pp. 71–73)

Tal como ya se indicó, esta escena muestra la dinámica mediante la cual la tradición religiosa y política otorga legitimidad a la violencia. Se naturaliza el exterminio del adversario como parte de la defensa del orden establecido. La legitimidad de la violencia se evidencia en el análisis de Rehm (2014, p. 37), quien advierte que, en el contexto de la violencia bipartidista, la radicalización de las autodescripciones políticas incrementó la legitimación subjetiva de la violencia como elemento esencial en el proceso de construcción de la historia efectual. Por ello, cabe recordar que desde la perspectiva gadameriana de la historia efectual es factible decir que en esa escena narrada se describe un sentido del poder y de la exclusión como modo de entender y de significar las prácticas de vida cotidiana. Este sentido representa la forma de comprensión y de vinculación de los ciudadanos a la tradición que los determina. Al respecto, Gadamer afirma que

Cuando intentamos comprender un fenómeno histórico desde la distancia histórica que determina nuestra situación hermenéutica en general, nos hallamos siempre bajo los efectos de esta historia efectual. Ella es la que determina por adelantado lo que nos va a parecer cuestionable y objeto de investigación. (2017, p. 370)

En síntesis, a lo largo de este apartado hemos logrado relacionar el concepto de historia efectual con algunos pasajes de la novela *Cóndores no entierran todos los días*, con el fin de advertir el sentido que proyecta Gardeazábal en torno al fenómeno de la violencia bipartidista. En consonancia con el planteamiento de Gadamer sobre la historia efectual fue posible mostrar cómo lo narrado por Gardeazábal pone en juego el modo habitual de ejercer poder exclusión del otro cuando se trata de construir entendimiento interhumano y sociedad. Este modo familiar de ejercer poder y de exclusión de la alteridad presupone una sola visión ideológica cimentada en la religiosidad y en el orden establecido por un solo grupo político. A través de la figura de León María Lozano, el autor de la novela muestra el pasado representado en una memoria estática y sin posibilidad de ser actualizada por los interlocutores que la heredaron. Lo cual no permite la comprensión diferente y la interpelación de lo transmitido de acuerdo con las circunstancias políticas del presente en el que se inscriben los ciudadanos de la mitad del siglo XX del Valle del Cauca. En ese sentido, los partícipes de la novela reflejan un comportamiento de reproducción del pasado como única alternativa de vida y de organización social. Comprender el pasado y narrarlo de forma diferente no es característica del *ethos* de los ciudadanos partícipes de ese momento histórico. Se trata de una relación con el otro y con la tradición delimitada por prejuicios que se corresponden con una visión de sociedad en la que predomina no el diálogo sino la dominación de uno sobre el otro.

2.3 Fusión de horizontes: el lector contemporáneo frente a la violencia narrada

Tal como ya se mostró, el horizonte histórico-cultural que se pone de relieve mediante la novela *Cóndores no entierran todos los días* está cimentado en una visión de la violencia bipartidista como alternativa de construcción de entendimiento interhumano. Desde esta visión se correlaciona lo político, lo religioso y lo cotidiano. La novela presenta una sociedad dividida por los intereses ideológicos de dos partidos políticos. Por eso, uno y otro partido político

admite la exclusión, la represión ideológica y la instrumentalización del poder local Rehm, 2014, p. 23). Al respecto, cabe recordar que en la novela se describe lo siguiente:

En la puerta de la casa, Jesús Gordillo, trabajador del municipio, se topó con la muerte. Cayó encima de la silla donde un minuto antes había estado sentada su madre. La única explicación que pudieron dar sus amigos fue que ese día había firmado una carta pidiendo la destitución del jefe del almacén del municipio por el mal trato que les daba a los que no eran conservadores o no gozaban de su simpatía. (Gardeazábal, 2003, pp.92-93)

Esta situación es destacada por Gardeazábal en la ciudad de Tuluá y su zona rural y representada por León María Lozano para develar las prácticas autoritarias y el fanatismo político que determinan el modo como se entiende y significa la construcción del tejido social, tal y como se narra mediante el relato oficial. En la narración de Gardeazábal se describen hechos de la realidad mediante figuras retóricas que dan cuenta del sentido de la conformación del tejido social. Como señala Milloria Nolla, *Cóndores no entierran todos los días*

se ubica en un mundo donde tanto las localizaciones como los personajes y sus relaciones corresponden a aquellos conocidos por el lector, permitiéndole establecer conexiones entre la construcción literaria y el mundo empírico. Esta serie de situaciones análogas creadas por el conocimiento compartido establece un cierto convenio entre el autor y lector que, al reconocer el significante, hace de la novela un texto inteligible. (2001, pp. 229-230)

La correspondencia entre el universo narrativo y la historia oficial facilita la inteligibilidad del texto como lo ha sugerido Milloria. Esta correlación puede interpretarse en términos del planteamiento de Gadamer en torno al encuentro entre dos horizontes de mundo que se fusionan y hacen posible que surja una creación de sentido por fuera de la lógica de violencia bipartidista. A partir del reconocimiento de situaciones y referencias comunes es posible hablar de una fusión de horizontes entre el universo narrativo, la historia oficial y la posición de sentido del lector de la novela. Según Gadamer, la fusión de horizontes implica siempre transformación de

los horizontes habituales de comprensión de los involucrados en una conversación. Esto produce una nueva forma de comprensión que deja ver participación activa del lector y producción de sentido. En este sentido no se puede entender la fusión de horizontes como superponer un horizonte con otro, sino como transforman el horizonte en el que se habita.

En línea con esa manera de entender la fusión de horizontes también se debe destacar que todo comprender lo dicho por otro (conservador o liberal) implica "ganar en cada caso el horizonte histórico, y representarse así lo que uno quiere comprender en verdaderas medidas" (Gadamer, 2017, p. 373). De este modo, comprender el sentido del texto narrativo *Cóndores no entierran todos los días* facilita entender que cada interlocutor habla desde su horizonte particular y este horizonte es el que le permite entrar en diálogo con los otros respecto a sucesos y asuntos históricos representados en la novela. En la medida en que se comprende el horizonte del otro acontece la posibilidad de ampliar el horizonte particular. Ensanchar el horizonte potencia acercarse al fenómeno de la violencia bipartidista de manera diferente: "La elaboración de la situación hermenéutica significa entonces la obtención del horizonte correcto para las cuestiones que se nos plantean cara a la tradición" (Gadamer, 2017, p. 373).

Ahora bien, si partimos del reconocimiento del mundo narrado que ofrece la novela desde un horizonte de comprensión, el lector en su presente se encuentra en una situación histórica y cultural distinta que le permite una comprensión diferente del fenómeno de la violencia bipartidista de mediados del siglo XX en Colombia. En el horizonte de comprensión del lector existen otros referentes políticos, sociales y éticos que responden al sentido habitual de entendimiento interhumano. Este sentido ha sido configurado por las transformaciones históricas recientes que redefinen categorías desde las cuales se interpretan fenómenos como el poder, la violencia o la exclusión. La redefinición de categorías a partir de las cuales el lector establece una relación con la novela se puede ilustrar, de la mano de Robinsón Guerrero y Samantha Devia (2024, p. 9301), con la articulación de categorías como las desigualdades

sociales y económicas, la pobreza, las brechas educativas; así como la influencia de los medios y las redes sociales, que han promovido la desinformación, el sensacionalismo, la manipulación política y la conformación de burbujas algorítmicas, exacerbando así los niveles de polarización en el país.

Por lo tanto, la comprensión del sentido de la novela o de cualquier texto siempre estará mediado por prejuicios, categorías, expectativas e interpretaciones propias del momento histórico en el que participa el intérprete. Este conjunto de presupuestos o interpretaciones constituyen el horizonte actual en virtud del cual el intérprete dice algo sobre un asunto como, por ejemplo, el fenómeno de la violencia bipartidista. Tal como lo señala Gadamer, el horizonte en el que participa todo interlocutor es dinámico y se expone a ser interpretado de manera diferente por otros ubicados en circunstancias históricas y culturales distintas: "el horizonte del presente está siempre en movimiento" (Gadamer, 2017, p. 381). Esto enreda el principio de que la comprensión de lo dicho por el otro es un proceso dinámico de reconfiguración interpretativa. Por eso, se puede decir que lo comprendido por Gardeazábal en lo referido a la violencia bipartidista representa una interpretación de su presente que se actualiza por el intérprete a partir de las categorías que lo determinan en su actualidad. No obstante, el intérprete tendrá que comprender el sentido original y poner en relación lo comprendido con el asunto que es de interés en su actualidad. Lo que implica reconocer que la comprensión siempre implica aplicación de los prejuicios o de las categorías en las que participa el intérprete. Pero, ello no podrá entenderse como un trasladar sino como un momento inicial de la comprensión mediado por nuevas categorías que se exponen a ser confirmadas en y a partir de lo dicho por el otro.

Desde este punto de vista, la lectura de *Cóndores no entierran todos los días* se puede realizar como una conversación en la que el interlocutor se acerca al asunto de la violencia bipartidista desde nuevas categorías imperantes en su contexto. El lector contemporáneo, situado en un presente en el que el sentido de la tradición está en comprensión y transformación

permanente, se desplaza hacia el horizonte de comprensión a partir del cual el autor proyecta un sentido de mundo en la novela. Este desplazamiento no implica un abandono de su propia historicidad. Por el contrario, como apunta Gadamer, “uno tiene que traerse a sí mismo hasta esta otra situación” (2017, p. 375). Lo cual supone reconocer los propios prejuicios y experiencias particulares como condiciones de toda comprensión. Esta condición impide que el lector permanezca ajeno a lo narrado y lo expone a una relación en la que la novela lo interpela y lo involucra en una situación de comprensión que posibilita la actualización del pasado en función del presente en el que habita. En este sentido, la comprensión de la novela se convierte en un proceso interpretativo activo y participativo en el que el intérprete arriesga no solo su punto de vista sino el sentido que está a la base de la tradición. El intérprete dialoga con el sentido proyectado en la novela a partir de las cuestiones que son de interés de él como interlocutor. Este tipo de relación hermenéutica se realiza como mediación del intérprete entre pasado y presente, y posibilita la fusión de horizontes, entendida como la ampliación del horizonte de comprensión en virtud del encuentro con lo otro (Gadamer, 2017, p. 375).

Entendida así la lectura de *Cóndores no entierran todos los días* como una conversación entre diferentes, es factible afirmar que el lector tendrá que desplazarse al horizonte del mundo narrado en la novela. Esto se ejemplifica a través de una escena concreta de la novela. Este ejemplo está relacionado con uno de los momentos más elocuentes que muestra Gardeazábal y que permite ilustrar el desplazamiento de un horizonte a otro es el episodio en el que el padre González, advertido por una mujer, intuye que esa noche se desatará la violencia en las calles de Tuluá. La escena revela el silencio de la Iglesia ante lo inminente. El lector contemporáneo, situado en un contexto donde se discuten activamente las responsabilidades éticas de las instituciones frente a la violencia, formula nuevas preguntas que hacen posible actualizar el pasado y el presente. Relata Gardeazábal:

El día que León María y Agripina empacaron a sus hijas, el padre González fue a darle la bendición [...] llegó una mujer [...] a advertirle que esa noche, si no se hacía algo, en Tuluá iban a aparecer muchos muertos regados en sus calles. [...] El padre González lo comenzó a saber a las nueve de la noche cuando oyó los primeros disparos en la lejanía nocturna. Recordó las palabras de la mujer de los pañolones, rezó un yo pecador y cerró la ventana. [...] En todas las cuerdas de Tuluá, menos en la del colegio y en la de León María Lozano, tuvo que entregar la bendición a un cadáver. Todos tenían la herida de bala en la nuca y estaban bien muertos. (Gardeazábal, 2003, pp. 84-86)

Este fragmento, que en su momento pudo haber sido leído como una crítica local al encubrimiento institucional, se actualiza hoy en clave hermenéutica como una escena en la que la omisión religiosa y la violencia sistemática revelan un entramado de poder que requiere de interrogarse a partir de categorías propias del horizonte de comprensión del presente del intérprete como, por ejemplo, el delito de lesa humanidad y la violación de los principios constitucionales del estado de derecho. Así, el lector actual resignifica la escena desde su propio horizonte histórico determinado por debates sobre el respeto de reglas de la guerra, la democracia, la memoria y la responsabilidad ética de los medios. Esta actualización del sentido del texto permite ejemplificar el modo en que se produce una auténtica fusión de horizontes en el acto comprensivo. Como lo señala Grondin:

Parece imposible hablar del pasado sin hacer uso de un léxico que pertenece al presente. Pero también está la fusión del pasado, del presente y de la historia efectual (*Wirkungsgeschichte*) en la que estamos. Cuando comprendemos el pasado en el presente lo hacemos siempre a través del sentido que el pasado ha adquirido a través de la historia efectual. (2013, p. 35)

La comprensión se configura como una fusión de horizontes entre el pasado narrado y el presente del lector, en la que ambos contextos históricos se encuentran y se transforman mutuamente. Este proceso hermenéutico implica una apertura activa en el diálogo entre el mundo del texto y las inquietudes del intérprete, sin intentar regresar al pasado de manera literal ni imponer categorías de forma externa. Antes bien, sería “un ascenso a la generalidad superior,

que rebasa tanto la particularidad propia como la del otro” (Gadamer, 2017, p. 375). De ahí que se pueda decir que la escena del padre González, atravesada por silencios, temores y estructuras de poder, interpela al lector actual desde su propia condición histórica. El sentido de lo narrado se actualiza en cada lectura que se deja afectar por las preguntas del presente. En este movimiento, el lector intérprete comprende el texto de manera diferente al punto de contribuir en la transformación de la tradición y articulación de lo dicho en el pasado en un nuevo horizonte compartido.

La fusión de horizontes, lejos de constituir una simple coincidencia de perspectivas, implica un proceso dinámico en el que los sentidos del texto y del intérprete se destacan y se confrontan mutuamente. Como señala Gadamer

destacar es siempre una relación recíproca. Lo que debe destacarse tiene que destacarse frente a algo que a su vez deberá destacarse de ello. Todo destacar algo vuelve simultáneamente visible aquello de lo que se destaca. Es lo mismo que hemos descrito antes como el “poner en juego” los prejuicios. (2017, p. 377)

Desde esta perspectiva, realizar la experiencia de comprensión del sentido de un texto, como *Cóndores no entierran todos los días*, significa aportar los propios prejuicios y expectativas del lector. De igual modo, implica destacar ciertos elementos del mundo narrado que son puestos en diálogo con el horizonte histórico. Por ejemplo, el episodio del padre González —quien, advertido de la inminente violencia, opta por guardar silencio y cerrar la ventana— adquiere una relevancia especial para el lector contemporáneo, ya que este gesto de omisión, que en otro contexto podría haber pasado desapercibido, se destaca ahora como un signo crítico que interpela su conciencia histórica.

En la misma capilla del cementerio lo cantó [al marido de la señora de los pañolones que le advirtió al padre que se desataría la violencia] el padre González. Cuando terminó, los obreros del municipio, que ya habían trasladado en carretas los otros muertos a una fosa común que habían hecho en el lado de los NN, ayudaron a la mujer

a cargar el cadáver de su esposo. Fue el único de los treinta y tres que pudo identificarse, pero bastó para hacerle saber a Tuluá que los muertos eran ya de las goteras. (Gardeazábal, 2003, p. 88)

La experiencia de comprensión no significa simplemente aplicar categorías del presente del intérprete a un pasado representado en el texto. Más bien significa que lo narrado y lo vivido crezcan juntos en un horizonte compartido que enriquezca la tradición. Como afirma Gadamer, la fusión "tiene lugar constantemente en el dominio de la tradición; pues en ella lo viejo y lo nuevo crecen siempre juntos hacia una validez llena de vida, sin que lo uno ni lo otro lleguen a destacarse explícitamente por sí mismos" (2017, p. 377). Así, en *Cóndores no entierran todos los días*, fenómenos como el uso político de la religión, el control ideológico de los medios y el silenciamiento institucional de la diferencia funcionan como configuraciones de sentido que, al ser reconocidas y reinterpretadas por el lector contemporáneo, reactivan preguntas y tensiones de su propio presente. De este modo, la distancia entre el mundo narrado y el horizonte actual del intérprete no se percibe como un obstáculo, sino como la condición misma que posibilita el fenómeno hermenéutico de la fusión de horizontes.

León María extendió el papel ajado que la maestra de Madrigal le había llegado al *Happy Bar* y en el mismo tono gangoso con que mandaba regalar los perros a don Alfonso o matar a los siete liberales que todavía quedaba en Roldanillo, le exigió explicaciones sobre el individuo ese llamado escalafón que obligaba a la maestra de Madrigal. El maestro Romero le explicó entre labios, apuntando con su diente único, pero como ni León María, ni Atehortúa ni Celín entendieron, y el maestro se declaró incapaz de explicarle otra vez, León María salió para el despacho del gobernador y en la misma absurda manera logró no sólo interrumpir la cita que tenía con un gringo de la revista *Life* [...], sino que en un minuto tenía en sus manos la contraorden para que Luz Bely Valencia Ch., maestra de Madrigal, corregimiento del municipio de Riofrío, fuera ascendida en el escalafón de primera categoría en el puesto de maestra titular de la escuela mixta de ese corregimiento. (Gardeazábal, 2003, pp. 109-110)

En síntesis, nuestro intento de relacionar el concepto de fusión de horizontes gadameriano con algunos pasajes de la novela *Cóndores no entierran todos los días* nos permitió mostrar que en la comprensión del texto literario converge siempre la interpretación del autor de la novela, el contexto en el que emerge la narración y la posición de sentido del lector. Independientemente de la distancia que existe entre las circunstancias que determinaron el decir del autor en el pasado y la situación del autor en el presente, la experiencia de comprensión del sentido de la novela puede realizarse como fusión de horizontes en lo referido por ejemplo a la violencia bipartidista. Desde la referencia de sentido puesta en juego por Gardeazábal en la novela no solo se destaca el modo de entender y de significar la relación con el otro en el pasado. También se pone de relieve el conjunto de saberes predominantes de la época. Y es ese modo de entender y ese conjunto de saberes lo que el intérprete pone en relación con su asunto de interés, lo cual hace que acontezca una interpretación en virtud de categorías que arrastras significaciones diferentes y legítimas en el presente del autor. En el diálogo sentido de la novela, condiciones históricas del contexto de la novela y asunto de interés del intérprete en su presente se favorece la fusión de horizontes. Esta contiene las valoraciones de los involucrados en el diálogo y como tal constituyen una nueva configuración del asunto objeto de comprensión. La posibilidad de comprender la novela *Cóndores no entierran todos los días* a partir del concepto de fusión de horizontes presupone un esfuerzo del lector que radica en no solo comprender el sentido original de la novela, sino de actualizarlo en su presente. En el caso de *Cóndores no entierran todos los días* la actualización podría entenderse en virtud de referencias conceptuales como delitos de *lesa* humanidad y principios constitucionales del Estado de derecho.

2.4 Experiencia de comprensión: la actualización del lector sobre la narrativa de la Violencia

Luego de relacionar el concepto de fusión de horizontes y la novela *Cóndores no entierran todos los días*, en este apartado examinamos cómo en la experiencia de comprensión acontece de la actualización del punto de vista del intérprete sobre la violencia bipartidista. En la medida en que el intérprete entiende lo narrado en la novela por el autor se favorece la renovación de lo comprendido y del esquema de saberes en el que participa el lector. En ese sentido es fundamental entender la comprensión como un acontecimiento en el que se revela la condición finita del sentido del texto y los límites de la conciencia del intérprete. Cuando el intérprete reconoce esa situación de finitud entre el sentido del texto y su horizonte de comprensión, se realiza así una experiencia de actualización de lo ganado a partir de lo admitido por el otro en la novela: “la verdadera experiencia es aquélla en la que el hombre se hace consciente de su finitud [...] la verdadera experiencia es así experiencia de la propia historicidad” (Gadamer, 2017, p. 433-434). Acorde con esta forma de entender la verdadera experiencia en clave de Gadamer es posible decir que la narrativa de la violencia bipartidista encierra una posibilidad de explicación y a la vez contiene un límite. Explica historias de exclusión, sufrimiento y muerte; pero al mismo tiempo deja ver un límite en cuanto que no abarca la totalidad de la experiencia de vida en toda su historicidad.

Vino el gobernador a ponérsela [la orden de San Carlos a León María Lozano], hubo un multitudinario sancocho de gallina y docenas de cajas de aguardiente vinieron regaladas de las rentas departamentales. La banda de San Pedro amenizó el festejo, pero sólo las doscientas cuarenta y nueve cruces del cementerio respaldaron la condecoración. Esos habían sido los muertos de los doce días. De a once por noche, salvo los diecinueve que mataron en la finca de Rosalbina Ortiz, la vida avara de Palobonito. (Gardeazábal, 2003, p. 127)

En el reconocimiento de la explicación narrada por el otro sobre un asunto es posible advertir el límite de lo arriesgado y la necesidad de ampliarlo. No se trata de un poder apropiarse totalmente del otro ni dominar el sentido del pasado. Contrario a ello se trata de introducir una nueva interpretación a partir de lo que no existe en lo comprendido por el autor de la novela. La comprensión del punto de vista del otro hace posible la experiencia actualizar lo dicho en plena relación con las circunstancias en las que participa el lector.

En el reconocimiento de la propia finitud y la conciencia de la historicidad que determina toda comprensión, el intérprete se involucra en la tarea de construcción del sentido de lo narrado por el autor de la novela en torno a lo vivido durante el periodo de la violencia bipartidista. El encuentro del lector con la novela ocurre mediado por la historicidad del intérprete, sus prejuicios y sus expectativas. Desde esa mediación el intérprete realiza la experiencia de comprensión. Pero, ¿qué es experiencia? Gadamer subraya que la actitud propia de quien ha ganado experiencia no es la actitud del dogmático, sino la apertura a seguir aprendiendo. Por eso afirma que ser experimentado es “siempre el más radicalmente no dogmático, que precisamente porque ha hecho tantas experiencias y ha aprendido de tanta experiencia está particularmente capacitado para volver a hacer experiencias y aprender de ella” (2017, p. 432). Esta disposición hace posible que el lector no imponga arbitrariamente su mirada sobre el texto. Antes bien, el lector tendrá que dejarse afectar por lo dicho en la novela, lo que implica la posibilidad de revisar y transformar sus propias ideas. En línea con este enfoque de apertura y actualización es factible relacionar la experiencia de la lectura de la novela *Cóndores no entierran todos los días* con la activación y confrontación de representaciones sobre la violencia bipartidista, la política y la moral. Un ejemplo que permite ilustrar lo anterior es la descripción de León María Lozano convertido en jefe de una milicia camuflada bajo símbolos religiosos. Hecho narrado que activa y confronta la manera habitual de entender la autoridad, la justicia y la fe.

León María Lozano manejó con el dedo meñique a todo el Valle y se tornó en el jefe del ejército de enruanados mal encarados, [...]con el único ideal de acabar con cuanta cédula liberal encontraran en su camino. De todos sus pescuezos colgaban escapularios del Carmen. La mayoría iba a misa todos los domingos y comulgaban los primeros viernes. Todos, menos el jefe, que nunca cargó otra arma distinta que su mirada de mula cansada, iban armados con dos o tres revólveres y una carabina. Viajaban en carros azules, sin placas, o en las volquetas de la secretaría de obras públicas. (Gardeazábal, 2003, p. 99)

El lector tendrá que entender que el poder representado en León María y su interpretación del ejercicio del poder en un contexto democrático difieren. Esta situación presupone que la confrontación entre dos puntos de vista distintos es condición necesaria para que surja una comprensión auténtica. El lector interpela directamente la forma de legitimación del poder a partir de su visión del poder en su actualidad. Esto implica una capacidad de receptividad distinta de lo narrado por el otro en la experiencia de comprensión efectuada por el intérprete.

Cabe aquí recordar en términos generales, los elementos esenciales que constituyen a la experiencia de comprensión según el punto de vista de Gadamer. A partir de ello se muestra la relación en el encuentro del intérprete con lo narrado por Gardeazábal en *Cóndores no entierran todos los días*. Este recordar a los antecedentes conceptuales representa un modo de profundizar en los fundamentos que dan forma a la experiencia hermenéutica. En particular, el recordar permite ampliar la comprensión del carácter histórico de todo acto interpretativo. Al respecto Gadamer se apoya en autores como Dilthey, Husserl, Bacon, Aristóteles y Hegel. De Dilthey se rescata la conciencia de la dimensión histórica del acontecer humano (2017), clave para entender cómo el lector actual se aproxima a la novela desde una circunstancia radicalmente distinta a la que la originó. Tener conciencia de la dimensión histórica impide cualquier intento de reconstrucción neutra del sentido de lo narrado en la novela y exige, en cambio, una interpretación situada. De Husserl, Gadamer valora la estructura subjetiva de la percepción

(2017) en la medida en que el lector accede al texto desde un horizonte constituido por su pertenencia a una comunidad lingüística y cultural que condiciona su forma de interpretar los hechos narrados. De Bacon, Gadamer retoma la importancia de los prejuicios como condiciones previas desde las cuales se realiza toda comprensión (2017). De Aristóteles, por su parte, toma la idea de que la experiencia se configura desde lo particular y se generaliza a través de un proceso dialéctico (2017). Finalmente, de Hegel recoge la idea del carácter transformador y abierto de la experiencia (2017).

Ese conjunto de contribuciones filosóficas articuladas por Gadamer constituyen la base desde la cual cimienta su concepción de la experiencia de comprensión. Dichos aportes permiten comprender cómo esta experiencia juega en el acto concreto de lectura. Por eso se puede decir que la escena en la que los “pájaros”, agentes del terror amparados por el poder político, transitan impunemente por las carreteras, burlan los toques de queda, utilizan vehículos oficiales y gozan de inmunidad jurídica, revela con claridad cómo la novela configura una imagen simbólica del poder autoritario y de la disolución del Estado de derecho durante la violencia bipartidista. Imagen que tendrá que ser comprendida por el lector quien al enfrentarse con esta representación estará en posibilidad de interpelar el orden narrado desde su presente.

Viajaban en carros azules, sin placas, o en las volquetas de la secretaría de obras públicas. Para ellos no regía el toque de queda que el gobierno impuso todos los días a las siete de la noche. Las carreteras estaban libres para su tránsito y en los retenes nunca eran detenidos. (Gardeazábal, 2003, pp. 99-100)

Lo anterior plantea al intérprete un desafío de comprensión que va más allá del dato histórico. El intérprete lo relaciona con sus propios prejuicios y su horizonte. A partir de este vínculo de horizontes, se configuran nuevas interpretaciones que iluminan el sentido del texto y transforman el modo como el lector comprende fenómenos similares en su propio contexto. Sin embargo, dicha comprensión no se clausura en una verdad definitiva, sino que permanece

abierta a nuevas experiencias. Como señala Gadamer, “la verdad de la experiencia contiene siempre referencias a nuevas experiencias” (2017, p. 431). La lectura, como un diálogo, se convierte así en una experiencia que modifica la percepción del mundo: una experiencia en la que el lector se ve afectado por lo narrado, se distancia de sus propias certidumbres y accede a nuevas formas de comprensión política, ética y jurídica.

La experiencia de comprensión, entonces, podemos vincularla con otros pasajes de la novela *Cóndores no entierran todos los días* en los que también se ponen en juego los mecanismos del poder y sus efectos éticos. Otro ejemplo que sirve para mostrar cómo la violencia bipartidista es la parálisis institucional y la autocensura provocados por el miedo o la lealtad política;

Jamás pudo presentar una demanda contra ellos porque a los abogados liberales se les fue imposibilitando la opción a litigar y no había ningún conservador que se atreviera, por honesto que fuese, a presentar una demanda contra miembros de su mismo partido. Los curas, o quedaron callados, como el padre Ocampo de Tuluá, o tuvieron que irse lejos, a buscar huacas, como el padre Nemesio que esa noche de Riofrío fue quizá quien impidió la matazón que los ánimos y el aguardiente habían dispuesto para su pueblo. (Gardeazábal, 2003, p. 100)

Esta escena interpela al lector desde su horizonte actual. Pues expone cómo el poder opera también a través del silencio cómplice, la omisión legal y la neutralización de la voz ética. La interpelación consiste en reconocer que lo narrado es también una forma de comprender el presente: el lector se ve obligado a confrontar los mecanismos con los que hoy también se ocultan o legitiman injusticias. La experiencia abre la posibilidad de la actualización del horizonte de comprensión del lector, en tanto que se deja afectar por lo comprendido. Desde esta perspectiva, comprender es exponerse a una alteridad que desarticula la mirada propia. “Uno tiene que dejar valer a la tradición en sus propias pretensiones, y no en el sentido de un

mero reconocimiento de la alteridad del pasado sino en el de que ella tiene algo que decir”
(Gadamer, 2013, p. 438)

La experiencia hermenéutica del lector no consiste en la simple aprehensión de lo narrado, sino en una transformación que lo enfrenta con los límites de su comprensión inicial. Se trata de reconocer que toda comprensión implica una apertura al sentido que no se posee con antelación. En este punto, el intérprete experimenta que su horizonte no basta para contener lo narrado, y que comprender es exponerse a un saber que lo excede y lo transforma. Gadamer lo expresa con claridad:

La experiencia es, pues, experiencia de la finitud humana. Es experimentado en el auténtico sentido de la palabra aquél que es consciente de esta limitación, aquél que sabe que no es señor ni del tiempo ni del futuro; pues el hombre experimentado conoce los límites de toda previsión y la inseguridad de todo plan. (Gadamer, 2017, p. 433)

En ese movimiento, lo narrado no solo informa, más bien advierte y reconfigura. Así, el lector no permanece intacto: se reconoce atravesado por una historia que no le es ajena y que exige ser comprendida como parte activa de su horizonte de comprensión.

En síntesis, las descripciones realizadas hasta aquí, en lo referido al vínculo de experiencia hermenéutica y actualización del sentido del texto y el horizonte de comprensión del intérprete, nos permiten advertir la posibilidad de realizar una comprensión de *Cóndores no entierran todos los días* más allá de principios que subyacen a esa novela. La impunidad, el silencio institucional y la legitimación religiosa de la violencia son claves en el entramado argumentativo que organiza Gardeazábal. Y como tal ese entramado proyecta un sentido de la vida y de la política en perspectiva dogmática acorde con las referencias comunes de mundos predominantes en las que se produce la novela. No obstante, si el intérprete advierte en la experiencia de comprensión el límite de ese trasfondo dogmático, podrá desde su experiencia hermenéutica interpelar ese límite y crear una alternativa de comprensión de la vida y de la

relación con el otro de manera diferente. Este ejercicio hermenéutico presupone que la novela no solo tiene un valor testimonial, sino que se expone a ser actualizada por el lector. Con ello, se avanza en la respuesta a la pregunta orientadora de esta investigación, al mostrar que la experiencia de comprensión permite entender el sentido de la obra como expresión viva y vigente de la violencia bipartidista en el Valle del Cauca.

CONCLUSIÓN

La pregunta que orientó el desarrollo de esta monografía de grado fue *¿cómo desde el planteamiento de Gadamer sobre historia efectual, fusión de horizontes y experiencia de comprensión se puede contribuir a entender el sentido del texto Cándores no entierran todos los días como expresión de la violencia bipartidista en el Valle del Cauca?* La respuesta a esta cuestión exigió realizar dos grandes acciones. La primera nos permitió destacar que la práctica de comprensión del sentido del texto supera la reconstrucción objetiva del pasado, lo cual se aleja de la idea de que creer que comprender es acceder a un sentido fijo e inmutable respecto a un asunto como, por ejemplo, la violencia bipartidista en el Valle del Cauca narrada en esa novela. De igual modo, nos permitió dar cuenta de que la fusión de horizontes representa concreción de experiencia en la que pasado y presente se interrelacionan en el diálogo en el que el intérprete comprende lo dicho por el otro y, al hacerlo, lo vincula con su propio horizonte de comprensión. Además, nos proporcionó la posibilidad de afirmar que la experiencia de comprensión supone una relación de entendimiento mutuo entre los interlocutores partícipes de una conversación; esto implica tanto comprender de manera recíproca puntos de vista en función del asunto que ocupa al intérprete en su circunstancia particular, como ganar conciencia de los esquemas habituales de interpretación y reconocer la historicidad de lo dicho por el otro.

La segunda acción nos facilitó resaltar que el sentido de la novela *Cándores no entierran todos los días*, al estar anclada en una tradición narrativa sobre un momento decisivo de la historia nacional, puede comprenderse en línea con los anteriores presupuestos de la hermenéutica de Gadamer. La reconstrucción de algunos rasgos del contexto histórico en el que acontece la narración de la novela, nos permitió evidenciar que el sentido reproducido por los actores sociales es de carácter excluyente de horizontes ideológicos distintos al predominante: violencia en la interacción. Asimismo, en consonancia con el concepto de historia efectual nos fue posible dejar en claro cómo lo narrado pone en juego el modo habitual de ejercer poder y

de dominación del otro, práctica que dificulta la construcción de entendimiento interhumano y la formación de sociedad en la que converge la pluralidad de opiniones. De igual modo, conforme con el concepto de fusión de horizontes nos fue factible subrayar que la comprensión del sentido proyectado en la novela puede entenderse como acontecer productivo entre horizontes históricos. La distancia entre el mundo narrado y el horizonte del lector se presenta como la condición misma de una experiencia hermenéutica en la que la fusión de horizontes actualiza el sentido de la narrativa de la violencia bipartidista. Además, de la mano del concepto de experiencia de comprensión nos facilitó esclarecer el modo en que el horizonte del lector se renueva al establecer una relación con la narrativa de la violencia bipartidista representada en *Cóndores no entierran todos los días*. El acto de lectura enreda el reconocimiento de la propia finitud y la conciencia de una historicidad que condiciona y posibilita toda comprensión.

Con estos resultados en mano podemos ahora concluir afirmando que la contribución del punto de vista de Gadamer en lo concerniente a la comprensión del sentido del texto *Cóndores no entierran todos los días* reside en reconocer el talante contextual y dialógico de la experiencia hermenéutica, según lo planteado por Gadamer. En la medida en que se comprenda el sentido del texto en perspectiva de actualización permanente y se conciba como una construcción devenida de la articulación de múltiples horizontes, se favorecerá un vínculo recíproco entre el sentido del texto, el entender las circunstancias particulares en las que se produjo ese sentido y el poder relacionar el sentido con el asunto de interés del lector. El ejercicio de comprensión del sentido de *Cóndores no entierran todos los días* presupone aproximarse a ese sentido como una alternativa de narración de la violencia bipartidista que puede ser ensanchada a partir de la participación activa del intérprete. El sentido excluyente de la otredad proyectado en *Cóndores no entierran todos los días* constituye una representación valiosa entre otras y como tal admite finitud, lo cual favorece la renovación de sentido por parte del intérprete. El sentido excluyente del otro por diferencias ideológicas puede interpretarse por

el lector de acuerdo con los intereses y las necesidades de su presente histórico. Por eso, es posible hablar de un nuevo sentido relacionado con la negación de los derechos humanos y con el delito de *lesa* humanidad no imaginados por Gustavo Álvarez Gardeazábal en el momento en que escribió la novela *Cóndores no entierran todos los días*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Álvarez Gardeazábal, G. (2003). *Cóndores no entierran todos los días*. Bogotá, Colombia: Casa Editorial El Tiempo.

Cuchumbé Holguín, Nelsón Jair. (2022). “Diálogo en Gadamer y conformación de comunidad de vida humana en las sociedades democráticas contemporáneas”. *Eidos*, (38), Universidad del Norte, pp. 152–183.

<https://rcientificas.uninorte.edu.co/index.php/eidos/article/view/14794/214421446037>

Cuchumbé Holguín, Nelson Jair. (2023). “Perspectiva dialógica de Gadamer: aporte a una comprensión de la ampliación del contenido de la memoria”. *Revista Guillermo de Ockham*, 21(2), Universidad San Buenaventura, pp. 625-637. <https://doi.org/10.21500/22563202.5863>

Gadamer, H.-G. (2017). *Verdad y método*. (J. Medina, Trad.). España: Salamanca: Ediciones Sígueme.

Grondin, J. (2007). “La fusión de horizontes: ¿La versión gadameriana de la *adaequatio rei et intellectus*?”. En M. Aguilar Rivero & M. A. González Valerio (Coords.), *Gadamer y las humanidades. Volumen I: Ontología, lenguaje y estética*, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 23-42.

Guerrero Segura, R., & Devia Rodríguez, S. L. (2024). “La Polarización Política en Colombia: sus Manifestaciones, Efectos y Factores Claves”. *Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar*, 8(4), 9287–9305. https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v8i4.13073

Milloria Nolla, M. (2001). “Cóndores no entierran todos los días: ¿Una ficcionalización de la memoria colectiva?”. *Cuadernos de Literatura*, (7), 219–232.

<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5228331.pdf>

Osorio, Óscar. (2006). “Siete estudios sobre la novela de la Violencia en Colombia: Una evaluación crítica y una nueva perspectiva”. *Poligramas*, (25), Universidad del Valle, pp. 85-108. <https://bibliotecadigital.univalle.edu.co/server/api/core/bitstreams/8e6f61c5-9002-4e3f-987d-98ad74ff9e0f/content>

Osorio, Óscar. (2020). “Pájaros atroces en la novela de la Violencia en el Valle del Cauca”. *Poligramas*, (50), Universidad del Valle 13–36. <https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i50.10549>

Rehm, L. (2014). “La construcción de las subculturas políticas en Colombia: Los partidos tradicionales como antípodas políticas durante La Violencia, 1946–1964”. *Historia y Sociedad*, (27), 17–48. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/hisysoc/article/view/44582/45885>